

MACRO-HUMANOS DE JÚPITER

LAW SPACE

COLECCION

ESPACIO

MACRO-HUMANOS

DE

JUPITER

por

LAW SPACE

EDICIONES TORAY, S.A.

Teodoro Llórente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR - Eduardo Tubau, 19 - Barcelona

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo Juega su baza

2 El cerebro

3 La Invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión "X”

9 Planetoide 2.012

10 “Ellos”

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo: Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

21 La vuelta de Gulliver

22 La incógnita de Marte

23 Estampida al satélite

24 Las máquinas locas

25 Viajes prohibidos

26 La amenaza negra

27 Ella, reina de Júpiter

28 Las minas del cielo

29 F.B.I. contra Marte

30 El camino sin fin

31 ¡S.O.S., Plutón!

32 Retorno al Paraíso

33 Desgravítación



CAPÍTULO PRIMERO

En la celda de los condenados a muerte de la Penitenciaría de New Yard, capital del planeta Marte, Dahato esperaba la hora de la ejecución.

Un silencio completo se cernía sobre la prisión; silencio que, como cada vez que un preso iba a ser ejecutado, era la expresión de la sorda protesta que así manifestaban la totalidad de los internados: dos mil en total, procedentes de todas las provincias de Marte.

Dahato, como todos los marcianos, poseía una piel rojiza, bastante más intensa que la de la antigua raza de los pieles rojas americanos. Sensiblementemás bajo que los habitantes de la Tierra era. por el contrario, mucho más ancho de espaldas y ofrecía, semidesnudo como estaba, la apariencia de un luchador que se dispusiese a salir al cuadrilátero.

Desdichadamente para él, su enemigo no había perdido jamás combate alguno. La muerte ganaba todas sus luchas con una facilidad que hacía estremecerse hasta a un marciano del temple de Dahato.

En aquello pensaba entonces, en la terrible “cámara nuclear” donde sería llevado unas horas más tarde, dejado solo como un león encerrado para que intentase, en su desesperación, derrumbar las acolchadas paredes que, sin contar el metro de espesor que tenía el revestimiento interior de plástico —para evitar que los condenados atentasen contra su vida— poseía seis metros de plomo y cemento, para evitar que las radiaciones saliesenal exterior.

La “cámara nuclear” era, por lo demás, como una habitación cualquiera que estuviese desamueblada por completo. Cuatro paredes, un suelo —igualmente acolchado para evitar peligrosos saltos mortales— y un techo lo suficientemente alto para quitar la esperanza a los más audaces trapecistas.

Y era precisamente desde aquel odioso techo desde donde se emitían los corpúsculos radiactivos que acababan con la vida del condenado a la última pena.

Dahato pensaba tristemente en todo aquello sin que se le ocurriese buscar en su memoria las causas que iban a producir tan mortal efecto. Para él, no existía ahora más que la negra boca de la muerte

Y lo que más le dolía era que aquel insulso final llegase cuando se encontraba joven y fuerte, capazde luchar bravamente para defender

su vida, si le hubiesen dado una oportunidad menos imposible que combatir con los invisibles corpúsculos que le destrozarían traidoramente.

Dahato recordaba las montañas donde logró, en compañía de un grupo de marcianos que como él no deseaban vivir bajo la ley de los hombres de la Tierra, formar una banda de la que se habló mucho tiempo. Bien era verdad que bajo una falsa bandera de independencia —a Dahato y los suyos les importaba muy poco la independencia, ya que ellos se habían "fabricado" la suya— supieron ganarse las simpatías de los marcianos que soñaban con una hipotética libertad y que no comprendieron los manejos de Dahato hasta convencerse plenamente de que sólo deseaba enriquecerse a costa de lo que fuese.

La nostalgia de los nocturnos ataques a lo largo de los gigantescos canales, por donde se movía el transporte fluvial del planeta, hizo estremecer de placer a Dahato que recordó las inmensas riquezas que había ocultado en las montañas, después de hacer reparto con los de su banda, y que ya no podrían servir para nadie, porque él se llevaba el secreto a la tumba.

No sentía piedad alguna de sí mismo. La angustia que le dominaba tenia otro origen y era debida a la rabia de tener que morir cuando se consideraba capaz, con la experiencia que había alcanzado en todo aquel tiempo de bandidaje, de llevar a cabo el gran proyecto que siempre estuvo presente en su mente.

¡Qué estúpido fue!

Si hubiese escuchado los consejos de su segundo,muerto en el combate que se desarrolló para la captura de la banda, las cosas hubieran ido por distintos derroteros, alhaberse aliado con las fuerzas políticas que deseaban expulsar a los hombres de la Tierra.

Pero el orgullo de Dahato y su estrecha visión de las cosas, le habla llevado a despreciar una alianza de la que hubiese podido obtener una rotunda victoria.

Porque, en realidad, ¿qué le pedían aquellas sectas políticas?

Poca cosa: el asalto de New Yard, la capital de Marte y la muerte de todos los terrícolas que allí se encontraban. Después, las astronaves de la Tierra y tedas las armas de las guarniciones hubiesen pasado a sus manos, convirtiéndole de la noche a la mañana en el absoluto

dueño del planeta.

¿Por qué no siguió los consejos de su segundo?

Ya no había remedio. Las cosas pasan de una forma y no hay nadie que pueda modificar el pasado. Así, al menos, pedía ahora encontrar una salida a la amargura que le producían todos aquellos recuerdos.

Muy pronto, los esbirros de la Tierra vendrían a por él para llevarle a la siniestra cámara donde se acabarían, de golpe, todas las preocupaciones que ahora le torturaban.

No tuvo que esperar mucho...

Primero fue un rumor molesto, un siseo que partía de todas las celdas de los pisos superiores y que era el clásico coreo que acompañaba la entrada en el recinto de los que venían en busca de los condenadosa muerte. Luego, cuando el silencio volvió a caer sobre la prisión, como una losa, el rumor de los pasos lo fue rompiendo hasta que en el cráneo del condenado aquellos pasos tomaron la importancia de todo lo que le restaba de vida, apagando inclusive el latido alocado de su corazón, que se había puesto a golpear estúpidamente sus sienes.

“Ya vienen" —pensó.

Hasta entonces y como suele ocurrir siempre, se había limitado a pensar intensamente en la muerte, examinándola con la curiosidad que permite hacerlo el esperarla o tener forzosamente que esperarla.

Pero ahora, cuando venia directamente hacia él, acortando definitivamente su tiempo, el poco tiempo que le quedaba, Dahato, como cualquier otro ser, sentía que sus piernas vacilaban y que una nueva sensación, que no había conocido jamás, se apoderaba de él.

¡EL MIEDO!

Si alguien se hubiera atrevido a decirle alguna vez que él tenía miedo o sabia lo que era, Dahato lo hubiese matado con sus propias manos. Y es que, cuando se combate, en el ardor de la lucha es francamente difícil tener miedo, porque la mente deja de pensar y se convierte en puros reflejos defensivos.

Ahora se daba cuenta el marciano de la verdadera magnitud de aquello que se llamaba MIEDO… ¡Cómo arrancaba las fuerzas aquella taimada sensación! Parecía como si robasen la energía del cuerpo, llevándose músculos y nervios a trozos, devorando glotonamente el corazón y no dejando, en el lugar de un hombre, más que un pingajo… algo definitivamente despreciable.

Se sentía empequeñecer y todo el orgullo que antes habitaba en su corazón huía velozmente abriendopaso a un miserable estado en el que era capaz de pedir clemencia, de arrastrarse de rodillas hacia los verdugos y de prometer cualquier despreciable cosa para salvar aquel, débil latido que corría alocado por el pecho.

Al abrirse la puerta de la celda, Dahato logró reaccionar contra aquella miserable sensación y merced a un enorme esfuerzo de voluntad, miró a sus verdugos con una cínica sonrisa que le entreabría los labios.

—Prepárate —dijo uno de ellos—. Tu hora ha llegado…

El marciano se dejó encadenar y siguió mostrando un desprecio completo a todos los manejos de sus enemigos.

¡Había logrado vencer al MIEDO y les demostraría que todavía le quedaban agallas para, mostrarles cómo muere un marciano de su categoría!

Salieron de la celda en medio de un silencio absoluto. Dahato veía los rostros de los otros prisioneros pegados a las rejas de la celda y observándole con esa malsana y perversa curiosidad del que puede ofrecerse gratuitamente el espectáculo de la muerte ajena.

Después de haber atravesado totalmente la inmensa galería, una diminuta puerta se abrió ante ellos, apareciendo al otro lado del umbral una estrecha escalera que descendía a los sótanos. Una vez en ellos siguieron avanzando por un pasillo potentemente iluminado, hasta detenerse ante la maciza entrada de la “cámara nuclear”.

—¿Quieres decir algo? —inquirió uno de los guardianes.

Dahato se volvió lentamente hacia el que acababa de hablar. Durante unos segundos le miró con tal intensidad que el otro se vio obligado a bajar los ojos. Luego, antes de que se diese cuenta de lo que ocurría, el marciano le escupió bestialmente en el rostro.

—¡Ese es mi último mensaje, perro! —gritó.

Le empujaron, haciéndole penetrar en la cámara, cuya puerta se cerró tras él. Nada más hallarse dentro, Dahato lanzó una mirada de odio a los dispositivos del techo por donde habrían de salir los corpúsculos de la muerte.

Como le habían quitado las cadenas, pudo hurgar en uno de los bolsillos, del que sacó un cigarrillo que encendió con toda parsimonia. Sabia perfectamente que sus verdugos le contemplaban a través del visor del techo y no deseaba que pudiesen notar que el MIEDO estaba insinuándose nuevamente para apoderarse de su mente.

¡Ya no había remedio y era mejor morir dignamente!

Un chasquido potente le hizo levantar la cabeza. Entonces, y sin poderlo remediar, se estremeció como si una súbita fiebre se hubiese apoderado de su cuerpo. Luego, de repente, se desplomó brutalmente y cayó al suelo.

El cigarrillo, que había rodado por el suelo al caer de su mano izquierda, seguía dejando escapar una lenta espiral azul…

* * *

La gigantesca astronave levantaba su brillanteestructura, en una verticalidad impresionante, sobre la plataforma de lanzamiento del espaciodromo de New Yard.

Una abigarrada multitud llenaba los caminos de acceso al espaciodromo, ocupando igualmente los campos que lo rodeaban. A pesar de las densas hileras de policías, el público había logrado penetrar en el terreno de aviación, deteniéndose finalmente a unos doscientos metros de la plataforma de la astronave.

La llegada de los lujosos automóviles donde iban los miembros de la expedición y las autoridades más relevantes de New Yard levantaron un clamor de simpatía en el público, formado todo por colonos ele la Tierra, ya que se había prohibido absolutamente la

entrada de marcianos, con los que se seguía una política de prevención desde que se habían descubierto una serie de complots, más o menos importantes, encaminados a expulsar del planeta a los terrícolas.

La astronave, ‘‘White Star”, había llegado de la Tierra, y hacía seis semanas se disponía en Marte para el tremendo viaje al que debía lanzarse casi inmediatamente.

La audacia del proyecto de los expedicionarios había levantado el más sincero entusiasmo en la población terrícola de Marte, como lo hizo en la propia Tierra cuando se conocieron las ambiciones de aquel grupo de humanos que estaban dispuestos a correr la más maravillosa aventura del siglo XXV.

Los vehículos, después de atravesar, con una cierta dificultad, la densa barrera de curiosos que sin cesar aclamaba a sus ocupantes, lograron llegar alcampo acotado, cercano a la astronave y donde sedetuvieron definitivamente.

Los expedicionarios descendieron de los coches, así como el gobernador de New Yard y algunos de sus más importantes colaboradores.

El gobernador era un hombre alto, de cabellos grisáceos y que se mantenía erguido a pesar de haber pasado ya de los sesenta. Sus ojos azules se movían constantemente, bajo unas pobladas cejas igualmente canosas.

A su lado caminaba el profesor Owerton J. Sparkman, un eminente físico y jefe de la expedición.

—No sabe cuánto le agradezco todas sus amabilidades —decía Owerton—No sé lo que hubiésemos hecho sin su valiosa ayuda.

El gobernador se encogió de hombros como si desease quitar importancia a lo que había hecho, pero en su interior estaba gratamente halagado por las palabras del físico.

—He cumplido con mi deber de ciudadano, simplemente —repuso.

Y, después de un corto silencio, añadió:

—El “cobayo” está ya encerrado en la astronave.

—Muchas gracias.

Aquella idea del gobernador, que Owerton se había visto obligado a aceptar, no le agradaba nada y extrañaba mucho a su espíritu democrático y humano. Pero durante las semanas que acababa de pasar en Marte preparando los últimos detalles antes de realizar “el gran salto”, aprendió mucho sobre la extraña política que los terrícolas estaban desarrollando allí.

Después de todo, le importaba bien poco lo quepasase en Marte, pero Owerton era un hombre eminentemente sensible y a quien repugnaban aquellos procedimientos coloniales que se habían olvidado en la Tierra hacía mucho tiempo.

Penetraron en el interior de la astronave, donde iba a celebrarse un brindis de despedida, que Owerton deseaba ofrecer al gobernador y a sus ayudantes. Después de subir la empinada escalera metálica, se encontraron, tras pasar una de las puertas de la base del aparato, en un amplio salón que ofrecía junto a una de sus paredes laterales un pequeño ascensor que servía para poner en comunicación los ocho pisos sucesivos en que estaba dividido el cohete espacial. También, bajo el suelo de aquel salón, se encontraba la sala de propulsión, donde once gigantescas turbinas atómicas proporcionarían la energía suficiente para llegar al objetivo propuesto.

Una larga mesa, profusamente adornada con flores de Marte, ocupaba el centro de la amplia estancia, cuyas paredes metálicas ponían una nota discordante y severa con el resto.

Cuando todos los presentes hubieron ocupado sus respectivos puestos, Owerton se puso en pie y dijo:

“Como jefe de esta expedición científica, deseo hacer patente mi agradecimiento al gobernador Baryon, de New Yard, por todo lo que ha hecho por, nosotros. Gracias a sus prevenciones, es posible que hoy salgamos hacia el objetivo de nuestros deseos: ¡Júpiter!

”Ha sido gracias a los esfuerzos del Instituto de Astrofísica, de Nueva York, y al interés de todas las asociaciones mundiales de Astronáutica, por lo que este expedición ha sido posible.

"Desde hace mucho tiempo, los ojos de los hombres, una vez

llegados a Marte y Venus y tras demostrarse la imposibilidad de vida en Mercurio, miraron con curiosidad el Espacio que se extendía más allá del planeta donde nos encontramos ahora, de un Marte donde se comprobó que la vida había existido desde un tiempo tan lejano como en la propia Tierra.

"Al otro lado de Marte se extiende un tremendo foso, una espeluznante sima, en cuyo final se halla el más gigantesco de los planetas: Júpiter. Un desconocido coloso que guarda celosamente sus secretos, secretos de gigante, y que no han dejado ni un sólo instante de preocuparnos.

"Júpiter significa algo de la mayor importancia para nosotros. En su enorme volumen deben estar encerrados tesoros y yacimientos de todas clases, que podrían multiplicar por una cifra cualquiera nuestras posibilidades técnicas materiales.

"Pero, además, los misterios que se ocultan en Júpiter son capaces de despertar el interés de cualquier hombre. Porque, en realidad, ¿qué se oculta en el planeta gigante? ¿Cómo es la vida en él, si es que ésta existe?

"Su tamaño se presta ya a las más fantasiosas conjeturas, ya que serian necesarias... ¡MIL DOSCIENTAS SETENTA TIERRAS PARA LLENAR LA ESFERA HUECA DE JÚPITER! Este fantástico volumen, sirve, naturalmente, de igual forma que el cálculo de peso, ya que TODOS los planetas juntos, en el platillo de una imaginaria balanza, pesarían un TERCIO del peso de ese gigante del espacio.

"Vamos a Júpiter llenos de esperanza, sedientosde descubrimientos trascendentales, pero también vamos hacia Júpiter con un temor que no lograremos alejar de nuestros corazones, ya que es imposible evitar que un sobrecogimiento se apodere de nuestro espíritu al imaginar solamente lo que allí puede esperarnos.

“Dentro de veinte minutos, exactamente, despegaremos de la tierra marciana, emprendiendo el largo camino hacia Júpiter. Solamente deseamos poder volver, dentro de un año, para poder comunicar al mundo nuestros descubrimientos. Haremos lo imposible por mantenernos a la altura de esta importante misión y hacernos dignos de la confianza que la Humanidad ha puesto en nosotros.

“Nada más...

Una ovación estruendosa cubrió el espacio, ya que las palabras de Owerton habían sido retransmitidas y oídas por los miles de curiosos que rodeaban el espaciodromo.

Por su parte, el gobernador de New Yard brindó por la suerte de la expedición y después de estrechar las manos de todos los que iban a partir, abandonó, en compañía de sus ayudantes, la astronave, retirándose a la zona de observación, desde la que seguiría las incidencias de la marcha.

Al cerrar la escotilla inferior, Owerton se volvió para lanzar una mirada a todos los miembros de su expedición, de los que estaba sinceramente orgulloso.

Miró primeramente al profesor Emil S. Buckman, uno de los más eminentes biólogos de la Tierra, y que debía estudiar las formas de vida de Júpiter. A su lado estaba el médico de la expedición, su hija Doris, una bella criatura que había logrado formarparte de la expedición después de obtener el número uno en el examen al que se presentaron varios millares de colegas suyos.

Su inteligencia corría pareja con su excepcional belleza, de la que no parecía darse cuenta, ya que era una de las más encantadoras y sencillas criaturas que Owerton había conocido en su larga vida.

Se posaron después sus ojos en el coloso de la expedición. Cien buenos kilos repartidos en músculos y nervios en el atlético cuerpo de Bolivar Dimond, el geólogo, un pelirrojo simpático y cuya sonrisa parecía formar parte integrante de su personalidad radiante, ya que no le abandonaba jamás.

Le tocó luego el turno a Clifford Sheridan, un muchacho pálido, delgado, nervioso y que además de ser piloto de la astronave, era el ingeniero de la expedición.

Than-Li, el cocinero chino de la astronave, no estaba presente, pero Owerton., incapaz de olvidar a nadie, pensó unos instantes en el oriental que, a pesar de estar situado en un plano secundario, jugaba, como todos, un importante papel.

Respecto al otro, al “cobayo”, como lo había calificado el gobernador de New Yard, del que habla partido la idea..., mejor era no pensar en él.

El futuro hablaría por aquel misterioso personaje.

—¿Dispuestos?

Todos ellos asintieron con un breve movimiento de cabeza.

—¡A sus puestos!

El ascensor se movió incesantemente llevando a cada uno al lugar que tenía determinado en la astronave. Momentos más tarde, desde la sala de mandos, al lado de la cámara de pilotaje donde se encontraba Sheridan, Owerton se percató, por las luces encendidas en un cuadro que tenía ante sí, que todos estaban ya en sus puestos y que por lo tanto podía poner en marcha las turbinas.

Utilizando el micrófono, se dirigió al piloto.

—¿Preparado, Clifford?

—¡Preparado, señor!

—Voy a poner en marcha las turbinas.

— ¡De acuerdo!

Owerton lanzó una rápida ojeada a la amplia explanada que se extendía a sus pies, donde la gente se agolpaba moviendo sus pañuelos en señal de despedida. Luego, con un gesto decidido, oprimió el botón azulado que encendía el juego de turbinas.

Un estremecimiento progresivo sacudió la astronave de arriba abajo. Los suelos de las cámaras y cabinas repercutieron con el fragor que se había desencadenado en la parte inferior del cohete, donde ocho turbinas vomitaban ya su lluvia atómica, convirtiéndola, por el momento, en energía libre, hasta que Owerton conectase, apretando el botón rojo, la carga con los tubos de escape.

Con otro gesto, oprimió el botón rojo.

Entonces, en una fracción de segundo, el colosal aparato salió disparado al espacio, dejando en su pos una amplia columna de humo azulado. La impresión, dentro de la astronave, estaba amortiguada por el mecanismo giroscópico y antiacelerador que disminuía

grandemente la penosa sensación que se producía hasta que la velocidad se hacía constante.

Después de sentirse, durante unos segundos, invadidos por una angustia extraña que parecía proceder del interior de sus cuerpos, como si la sangre se. concentrase en la parte baja de sus piernas, dejando el resto del cuerpo y sobre todo el cerebro en un estado de anemia circunstancial que les arrastraba hacia una completa inconsciencia que, afortunadamente, no duraba mucho.

Dentro de su cámara cerrada por una puerta blindada, el “cobayo” —como le había denominado el gobernador de New Yard— sintió también aquella extraña angustia que le debilitaba terriblemente, haciéndole comprender, que de nada le servía la fortaleza de su cuerpo, de la que tan orgulloso estaba.

Aquel hombre, al sentirse caer en el vacío de la nada, lanzó un ronco gemido, que era como una protesta de su naturaleza primitiva contra los medios civilizados de los hombres de la Tierra.

Luego, cuando la sensación desagradable desapareció por completo y pudo volver a ponerse en pie, levantó sus macizos puños al aire, prometiendo vengarse de los que librándole de la muerte le habían lanzado a una agonía mil veces más espantosa que nada de lo que había conocido.

Aquel hombre era Dahato.

CAPÍTULO II

Cuando la normalidad de una velocidad constante estabilizó definitivamente la posición de la astronave, notablemente reglamentada, por otra parte, por los mecanismos giroscópicos, Owerton dio la orden de reunión general en la amplia cámara de mando que, a pesar de estar situada detrás de la cámara de pilotaje, ocupaba en realidad una posición superior a ella, dominándola por completo y gozando de una visión, tanto de proa como de popa, perfecta desde todos los puntos de vista.

En efecto, completamente construida de material plástico transparente, la cámara de mandos era una torreta de gran diámetro,

que brotaba de la proa de la astronave estando, no obstante, protegida contra un eventual choque, en un desdichado posible aterrizaje, por la distancia que la separaba de la aguda punta del aparato, dotada de mecanismo amortiguador de gran potencia, así como de un pico acerado por el que surgían las bocas de dos cañones de tipo "Ultrasón", que lanzaban proyectiles ultrasónicos para destruir los posibles aerolitos o cuerpos celestes vagabundos que se encontrasen en el camino.

Una vez reunidos en la cámara de mando y sentados en los cómodos sillones giratorios, contemplaron en silencio el maravilloso espectáculo del espaciopor donde la astronave se iba moviendo, aunque aparentemente parecía completamente inmóvil.

El joven ingeniero, Clifford Sheridan, había abandonado el pilotaje, poniendo en marcha el cerebro electrónico que mandaba al piloto automático.

Las miradas de todos estaban fijas en un lejano punto brillante que lucía con mayor intensidad que el resto de los astros que formaban el maravilloso fondo del firmamento.

Owerton señaló el punto brillante que destacaba en el fondo del horizonte.

—Aquello es Júpiter —dijo con voz emocionada— nuestro objetivo. Dentro de seis días estaremos allí, frente a la mayor incógnita que se ha presentado al hombre.

"Ya hemos hablado muchas veces de las prevenciones especiales que tendremos que tomar al llegar a nuestro objetivo. Cuando nos posemos en la superficie del planeta ya no podremos comunicarnos más que por radio y no podremos salir en momento alguno de nuestras "bio-escafandras".

"Según lo que sabemos del gigante de los planetas, su atmósfera es muy rica en metano, un gas peligrosísimo y que no soporta el organismo humano, ni aun en pequeñas cantidades…

"Debemos, pues, vivir durante todo el tiempo que permanezcamos en Júpiter completamente aislados en las "bio-escafandras" que no podremos abandonar más que cuando nos hayamos alejado del planeta. Para nadie es un misterio que, debido a la tremenda fuerza de gravedad y a la terrible presión atmosférica nos veremos obligados a

dejar completamente abierta la astronave nada más aterrizar, de forma que la presión no la reduzca y la destroce.

"Esto quiere decir que no podremos considerar la astronave como lugar seguro y que deberemos ser prudentes durante nuestra estancia allá. Las difíciles circunstancias que tendremos que atravesar nos obligarán a mantenernos siempre unidos, sin alejarnos jamás los unos de los otros.

Mientras oían las sabias palabras del jefe, los ojos de los miembros de la expedición no se separaban del punto brillante, cada vez más grande, que veían como hipnotizados y que les atraía tanto como las palabras que acababan de escuchar...

—Debo decirles además —prosiguió Owerton—, que llevamos con nosotros a un marciano que nos ha entregado el gobernador de New Yard para que nos sirvamos de él como de un “cobayo”, exponiéndole a cuantas condiciones deseemos...

”Yo no estoy dispuesto, en modo alguno, a obrar de manera tan inhumana. Vamos pues a llamarlo, hablaremos con él y le dotaremos de una “bio-escafandra” de las tres que hemos traído de repuesto.

* * *

¡Júpiter!

Con todas las turbinas en contra, para evitar la espeluznante fuerza de atracción del planeta, la astronave empezó a aproximarse a la densa capa de nubes entre las que muy pronto se perdió.

Todos los miembros de la expedición estaban concentrados en la sala de mandos, pendientes de losaparatos que iban registrando todo cuanto pasaba en el exterior.

Hasta Dahato estaba allí, sentado en uno de los sillones laterales, mirando en silencio los manejos de aquellas criaturas que le habían salvado la vida por un motivo que desconocía aún.

En el último instante, cuando un formidable estallido le hizo perder el conocimiento, la puerta de la “cámara nuclear” se había abierto y un grupo de hombres, cubiertos con los complicados uniformes “anti-radiaciones”,. lo había sacado de allí velozmente .

Se despertó después en la celda metálica de la astronave, pasando unos malos momentos cuando el aparato despegó a una velocidad increíble. Más tarde, el coloso pelirrojo aquel había ido en su busca y el “viejo”, que parecía ser el jefe, le había hablado amistosamente, diciéndole que iba a compartir la suerte de todos ellos y que esperaba que se portase bien.

Pero la desconfianza de Dahato no disminuyó un ápice. Odiaba cuanto venía de la Tierra y no podía creer las palabras de aquellos hombres que le condenaban a quién sabe qué infernal destino.

Por eso ahora seguía los movimientos y las palabras de todos ellos, dispuesto a defenderse contra cualquier inesperada agresión...

Quizá la única vez que sonrió fue al contemplar a la hermosa joven que, como todos, le había mirado con extrañeza. Nunca había visto una belleza igual y durante un buen rato concentró toda su atención en ella que, por su parte, no volvió a mirarle más.

Ahora, desde que habían penetrado en aquel proceloso mar de nubes negras, parecían muy inquietos y no hacían más que preguntarse y contestarse con frases cortas, cuyo significado escapaba para Dahato la mayor de las veces.

—¿Temperatura? —inquirió Owerton.

—Ciento ochenta grados bajo cero —repuso Dimond.

—Hasta ahora —volvió a decir el jefe de la expedición— todos los datos que poseíamos en la Tierra van cumpliéndose. Esta baja temperatura exterior ya ha sido medida, desde nuestro planeta, en muchas ocasiones.

—El radar marca sesenta mil metros.

—Debe ser el pico de alguna montaña...

Y, al cabo de unos instantes:

—Estamos venciendo la atracción.

—Entonces... —los ojos de Owerton brillaron intensamente—. ¡Descenso oblicuo a la máxima velocidad...!

Cuando rugían las turbinas de frenado, el jefe volvió a hablar:

—Preparemos las “bio-escafandras”. Dentro de poco habremos tocado el suelo de Júpiter.

Empezaron a cubrirse con aquellos fantásticos trajes que constituían, en pequeño, una verdadera astronave. Dotadas de todos los adelantos y destinadas a servir de “casa” durante largo tiempo, las “bio-escafandras” habían sido estudiadas de forma que mantuviesen el cuerpo humano completamente aislado del exterior, cualquiera que fueran las características del planeta que visitasen.

Antes de introducirse en el interior de aquellos colosales vestidos, untaron sus rostros y sus cabellos

de una sustancia grasienta, que evitaría el crecimiento del pelo durante el tiempo que tendrían que vestir las “bio-escafandras”. Naturalmente, Doris empapó solamente su rubia cabellera, que llevaba muy corta por el mismo motivo.

Hubo que explicar al marciano la indudable utilidad de aquella pomada y fue el gigantesco Bolívar, a quien Dahato parecía respetar más, el encargado de hacerlo.

—No sabemos —dijo Dimond al marciano— el tiempo que vamos a llevar estos vestidos especiales. Aunque han sido hechos con amplias medidas, el crecimiento del pelo y de la barba puede llegar a ser molesto y hasta ciertamente peligroso. ¿Lo entiendes?

Dahato sonrió ferozmente.

—¡Claro que lo entiendo! Lo que no entiendo es por qué me habéis hecho venir con vosotros; yo no tenía necesidad alguna de visitar Júpiter. Eh mi pueblo existe una leyenda que dice que este planeta está maldito y que quien lo pisa jamás puede salir de él.

—¡Muy interesante! —exclamó el gigante mientras acababa de extender la pomada que el marciano se había puesto bastante mal—.

Esa leyenda puede convencerte de la importancia de nuestra misión. En cuanto al hecho de que hayas venido con nosotros que, hablando claramente, no teníamos necesidad alguna de tu presencia, es una decisión del gobernador de New Yard, que hemos tenido que aceptar forzosamente...

Bolivar hubiese deseado proseguir aquella frase interrumpida para decir al marciano el destino quepara él había propuesto el gobernador. Pero Owerton les habla advertido que no dijeran nada de aquello, ya que era mucho más conveniente, desde todos los puntos de vista, que Dahato lo ignoraba. Así se evitaba mayor tensión.

Todos se habían dado cuenta del odio de los marcianos hacia los hombres que habían logrado someter su planeta a las órdenes de la Tierra. Quizá, el gobernador no seguía las directrices que recibía y exageraba demasiado en las drásticas medidas que parecían ser su ley en Marte...

Estaban todos ya cubiertos con las “bio-escafandras" que les daba un aspecto verdaderamente impresionante, aumentándolos de tamaño y haciendo sus movimientos mucho más lentos y torpes.

—¿Oís todos bien? —inquirió Owerton, sirviéndose de la emisora personal, cuya antena iba por entre la doble tela de la “bio-escafandra” para evitar roturas o enganches, como se había demostrado que ocurría en todas las antenas que salían al exterior.

—Perfectamente —contestaron todos.

Dahato fue el último en dar su respuesta.

—Oigo muy bien —fueron sus palabras.

Clifford seguía atendiendo a los mandos, ya que había desconectado el piloto automático y no se servía más que del radar para orientarse en el proceloso mar de nubes que seguían rodeando la astronave.

—¿Se da usted cuenta, profesor Sparkman, del espesor de la atmósfera de Júpiter? —preguntó al cabo de un instante.

El jefe de la expedición se acercó a uno de los aparatos que se pusieron en marcha automáticamente cuando la astronave empezó a

penetrar en la atmósfera del planeta.

—¡Es formidable! —exclamó después de consultar los cuadrantes luminosos de aquel aparato—. ¡Llevamos profundizando más de tres mil kilómetros y no hemos salido aún de lo que podíamos llamar ionosfera…!

—Ahora penetramos en la estratosfera de Júpiter, profesor —exclamó Emil—. ¡Fíjense cómo cambia el color de las nubes…!

Les maravillaba aquella dimensión colosal que parecía advertirles de las cosas fantásticas que encontrarían una vez llegados a la superficie de aquel gigante del espacio.

¡Tres mil kilómetros de ionosfera!

Era verdaderamente formidable, ya que, al compararlo con la ionosfera de la Tierra, con sus trescientos kilómetros de espesor aproximadamente, significaba algo que se salía de los cálculos más exagerados.

Siguieron hundiéndose en las primeras y más altas capas de la estratosfera de Júpiter, hasta que de repente…

—¡Miren!… ¡Miren!… —gritó Doris, maravillada por el estupor.

Se acercaron todos al parabrisas de “plexi” mirando hacia abajo. Las nubes habían desaparecido por completo y una mancha negra cubría todo aquel horizonte inferior hacia el que avanzaba velozmente la astronave.

¡Aquélla era la superficie térrea de Júpiter!

Por primera vez, ojos humanos contemplaban el planeta que desde todos los observatorios del mundono había aparecido más que como una colosal esfera brillante eternamente rodeada de densas capas de nubes.

Sintiendo que una extraña sensación emocional se apoderaba de sus corazones, los exploradores del espacio no eran capaces de separar sus miradas de aquella masa negruzca que iba acercándose paulatinamente hacia ellos.

¿Qué les reservaban aquellas extrañas tierras y qué seres las poblarían?

¡Cuánto hubiesen deseado conocer las respuestas a aquellas angustiosas preguntas!

La negra masa no ofrecía nada que denotase un relieve cualquiera o la existencia de ríos u océanos. Afortunadamente, habían previsto la no existencia de agua y cada "bio-escafandra” estaba dotada deun curioso y estupendo aparato, denominado “hidrogenon”, capaz de sintetizar el hidrógeno de la atmósfera de Júpiter y unirlo al oxígeno de los depósitos para formar el agua que les sería necesaria para vivir.

—Es extraño —murmuró Owerton—; no se ve relieve ni accidente geográfico alguno.

Fue Clifford, que observaba atentamente el altímetro el que resolvió aquel angustioso y misterioso problema.

—¡Fíjese en esto,profesor Sparkman! ¿Cómo quiere ver relieve si estamos aún a cerca de cuarenta mil metros de altura...?

—¡Pero... si es imposible! —repuso Owerton.

Hubo de examinar personalmente el altímetro y compararlo con las cifras que iba proporcionando el radar y las sondas magnéticas para convencerse deque las palabras del Ingeniero expresaban solamentela verdad.

—Señores —dijo con tono emocionado—, estamos atravesando una atmósfera cuyo espesor es casi ladistancia que separa la Tierra de Marte. Jamás hubiese imaginado algo tan impresionante. Todas las cifras que habíamos calculado antes de empezar esta expedición han de ser revisadas y multiplicadas por la unidad seguida de tantos ceros, que puede llegar a enloquecernos...

Hizo una larga pausa.

—¿Qué nos espera allá abajo? —preguntó súbitamente alargando el brazo engrosado por la “bio-escafandra” y señalando la masa oscura que se veía al fondo—. Indudablemente, vamos a experimentar las más grandes sorpresas que han tenido jamás los seres humanos. Si todo este gigantismo; si todo este descomunal aumento de las

dimensiones se aplicaa “todo lo existente en Júpiter...”, ¿qué seremos nosotros en medio de ello?

No hacía falta poseer una gran imaginación para concebir el significado espeluznante de las palabras que acababa de pronunciar Owerton. Su sentido era evidente.

Y, por ello, todos sintieron que la angustia, que no les había abandonado desde que salieron de Marte, aumentaba también como si desease ponerse en concordancia con aquel gigantesco mundo en el que estaban penetrando.

Tan sólo Dahato, el marciano, para quien las palabras de Owerton no poseían una significación clara, permanecía tranquilo y, más que esto, contento al comprobar que aquellos odiados seres que se habían adueñado de Marte eran esencial y definitivamente cobardes...

A partir de aquel momento, la general atención de los expedicionarios fue requerida por el control de los aparatos que iban a amortiguar lo más posible el terrible momento del aterrizaje.

Hasta entonces habían logrado frenar, de una manera bastante eficiente, la tremenda fuerza de atracción de Júpiter, cuya masa gigantesca ejercía una fuerza de gravedad verdaderamente espantosa. Las ocho turbinas, trabajando “en contra”, de la marcha, iban frenando la caída de la máquina voladora, haciendo que su velocidad fuese disminuyendo, cada vez más, de forma que pudiese posarse, lo más suavemente posible, sobre la superficie del misterioso planeta.

Pero, a pesar de todo, no dejaban de mirar la negrura a la que se acercaban definitivamente, sin poder descubrir, pese a la pequeña distancia que les separaba de ella, los accidentes que hubiesen debido descubrir al descender sobre cualquier otro mundo conocido.

El radar y las sondas iban dando las cifras, cada vez menores, de la distancia que les separaba de tierra,

— ¡Preparados!—gritó Owerton.

Se precipitaron todos a sus respectivos asientos, atándose con las fuertes correas que les mantenían completamente inmóviles. En realidad, la astronave parecía flotar en el espacio, tan lentamente iba descendiendo.

Todas las miradas, a través del “plexi” transparente de la cúpula de la sala de mandos, estabanvertidas al exterior, deseando captar algo que pudiese guiarles hacia lo que habrían de hallar allí…

Pero acababan de penetrar en un mundo confuso y cuando¡aquellas largas láminas verdes se posaron sobre la astronave, cediendo suavemente a su impulso. ellos se percataron de que acababan de adentrarse en un mundo del que difícilmente podrían salir.

—¡Parecen tentáculos! —exclamó la doctora.

Sí, parecían tentáculos verdes, de alguna planta carnívora, pero de la misma manera podían ser mil cosas distintas…

Una oscuridad creciente, que no llegó sin embargo a ser completa, fue envolviendo la astronave a medida que iba descendiendo los últimos metros que la separaban del suelo de Júpiter.

De repente, un choque, no muy fuerte, les sacudió dulcemente en sus sillones neumáticos, mientras la máquina voladora se detenía definitivamente.

— ¡Ya hemos llegado!—gritó Owerton.

Se deshicieron de los correajes, precipitándose sobre el “plexi”. Fuera, el enrejado de aquellas enormes cintas verdes les dejaba apenas ver nada. La semioscuridad reinante dificultaba igualmente la visión normal de cuanto les rodeaba.

Ninguno de ellos se atrevía a romper el silencio que se había hecho después de la gozosa exclamación de Owerton. Comprendían perfectamente que la gigantesca aventura iba a empezar y los labios de todos ellos, bajo las caperuzas transparentes de las “bio-escafandras”, se movían en una sentida y emocionante oración…

Todos, menos Dahato.

El marciano contemplaba con curiosidad aquel mundo verde. Ahora se alegraba de haber venido con aquellos seres que temblaban ante cualquier cosa como las débiles criaturas de pocos días, como pobres animales indefensos ante una naturaleza terriblemente hostil.

Una sonrisa de triunfo entreabría los labios del marciano.

De repente.

—¡Profesor!

Era Clifford, el práctico ingeniero que no olvidaba fácilmente su deber.

—¿Qué ocurre? — inquirió Owerton.

—¡Mire! La presión interna está aumentando peligrosamente.

En efecto, la espantosa presión atmosférica del planeta estaba aplastando literalmente la astronave, ejerciendo sobre cada centímetro cuadrado de superficie un peso aproximado de catorce mil kilos.

Sólo el selecto material con que estaba construido el aparato lo había librado, hasta entonces, de una catástrofe inevitable.

—¡Hay que abrir las compuertas inmediatamente!

Así lo hicieron restableciendo el equilibrio de lapresión. Sólo así podían evitar que la astronave no sufriese un aplastamiento que la convirtiese en algo completamente inútil.

Para evitar en ellos mismos los efectos de aquella tremenda presión atmosférica, las "bio-escafandras" estaban dotadas de dobles paredes y en el espacio comprendido entre ellas corría una substancia, en estado atómico, que constituía una defensa completa contra el mortal peligro de la presión. Además, en lazona donde iba el cuerpo de cada uno de los expedicionarios, la presión, temperatura y ambiente eran idénticos a los de la Tierra, de forma que en el interior de las "bio-escafandras" podían vivir en las mismas condiciones que lo hubiesen hecho al estar en su planeta de origen.

Las compuertas abiertas hubieron de esperarque la "atmósfera" de Júpiter penetrase en el interior de la astronave, estableciendo definitivamente el equilibrio deseado, ya que las paredes del aparato sufrían, "por ambos lados", una presión idéntica.

— ¡Salgamos! —ordenó Owerton.

No lo hicieron sin que la emoción mordiese cruelmente en sus espíritus. Una vez fuera y sin atreverse a alejarse de la astronave,

contemplaron el extraño mundo que tenían alrededor.

En realidad, estaban rodeados por aquellas altas plantas, de cerca de trescientos metros de altura, que velaban casi por entero la luminosidad, del día. Un viento, que ellos no llegaban a sentir directamente, movía las partes altas de aquellos tallos verdes, con un sonido que llegaba a sus auriculares corno una lejana tormenta.

La astronave se había posado en medio de una especie de roca de dimensiones colosales que parecía una isla en aquel moviente océano de altos tallos verdes. La roca tendría unos trescientos metros de longitud por doscientos de anchura.

Mientras sus compañeros de expedición contemplaban arrobados todo aquello, Owerton, sacando de la cintura uno de sus perforadores, ayudado por Bolívar, que era el geólogo del grupo, trabajaba en él suelo, intentando reconocer su naturaleza.

Después de realizar algunas pequeñas perforaciones, los dos hombres, a los que rodeaban curiosamente los otros, se incorporaron con una extraña sonrisa en el rostro.

—¡Un suelo de concha! —exclamó Owerton.

—En efecto —añadió Bolívar—. Se trata de un suelo de naturaleza orgánica, formado de concha y cuya riqueza es verdaderamente maravillosa. Creo que nos encontramos en…

No pudo decir más.

El “suelo”, la roca entera empezó a moverse, bruscamente, con unas formidables sacudidas.

—¡Un terremoto! Debemos habernos pesado sobre un terreno volcánico —gritó Bolívar.

En realidad, el movimiento de la roca sobre la que se habían posado no parecía estar producido por seísmo alguno. La sensación era muchísimo más horrorosa y, en aquellos momentos, tremendamente inexplicable.

Pasados los primeros segundos de asombro, las miradas de todos se dirigieron hacia la astronave y observaron con horror que la máquina

voladora se bamboleaba como si se hubiese convertido en una de esas imitaciones de cartón que ornamentan los escaparates de las oficinas de Viajes Interplanetarios.

Movidos por el mismo impulso, corrieron alocadamente, haciendo lo imposible por mantenerse en pie en aquella roca movediza cuyas oscilaciones aumentaban progresivamente, alcanzando un balanceo en el que era imposible mantenerse erecto.

—¡La astronave! —exclamó uno de ellos.

Había en aquel grito toda la angustia que se derivaba de una situación sin salida. Con los ojos desorbitados, avanzaban, casi a rastras, hacía el aparato que seguía moviéndose cada vez con mayor intensidad sobre los finos soportes de su tren de aterrizaje.

¡La astronave!

Aquél era el objetivo primordial de toda la expedición, la cosa más importante de todas cuantas les rodeaban, pues sin el aparato no podrían realizar el regreso a la Tierra...

¡La astronave!

Corrían, se arrastraban hacia ella, deseando llegar para poder penetrar en su interior y hacerla volar antes que cualquier desastrosa catástrofe cayese sobre ellos,

Pero el destino lo había escrito así...

Cuando el gigantesco Bolívar iba a llegar a la escala metálica que pendía de la compuerta mayor del aparato, éste, agitado por invisibles brazos, osciló, y dos de sus ruedas perdieron por vez primera contacto con el suelo.

Girando sobre sí misma, la astronave cayó de lado y seguidamente empezó a rodar a gran velocidad hacia una próxima pendiente por donde desapareció, al tiempo que se hacía añicos...

CAPÍTULO III

En el último momento y cuando ya no había remedio de salvar la astronave, el peligro recayó sobre los miembros de la expedición que no podían mantenerse en pie por las sacudidas brutales del suelo al que estaban fuertemente cogidos.

Como suele ocurrir en esos casos en los que la atención general aparece desviada hacia un punto que llega a hacer olvidar el peligro concreto, los miembros de la expedición, atraídos por la catástrofe que destrozara a la astronave, no se percataron de su posición inestable al borde de aquella pendiente por la que acababa de precipitarse el aparato hacia su destrucción.

—¡Rápido, encended los propulsores! ¡Hay que elevarse del suelo!

¿Quién había gritado aquella orden salvadora? Poco importaba entonces; lo más urgente era poder salir de aquella escalofriante roca que continuaba moviéndose en un balanceo cada vez más enloquecedor.

Pronto, del doble tubo que brotaba de la espalda de cada expedicionario, empezaron a brotar llamas azuladas, impulsándolos momentos más tarde y permitiéndoles volar con una cierta velocidad.

Bolívar, que había sido uno de les primeros en despegar, volvió a la roca para ayudar al marcianoque no encontraba el dispositivo para poner en marcha los reactores de su aparato. Instantes más tarde, Dahato, al igual que los otros, se elevaba rápidamente en el espacio, siguiendo a sus nuevos compañeros que se alejaban, al tiempo que ganaban altura.

Owerton se orientó inmediatamente e intentó dirigirse hacia el lugar donde había caído la astronave. Pero cuando se disponía a hacerlo, desde la altura que había logrado alcanzar, observó algo que le hizo estremecerse de horror y que apenas podía llegar a concebir.

No deseó en forma alguna comunicar a sus compañeros lo que acababa de ver; pero, en su interior, consideró a la expedición completamente perdida. Si la astronave hacia la que descendían ahora, hubiese estado en condiciones de volver a volar, Owerton hubiera dado la orden de regreso a Marte, considerándose dichoso por poder escapar de aquel horrible planeta.

Cuando llegaron al lugar donde yacía la astronave, pudieron percatarse de que jamás funcionaría otra vez. Toda la proa estaba

completamente destrozada y la cabina de mandos y conexiones donde se encontraban los cerebros electrónicos para el gobierno de la astronave no era ya más que un informe montón de hierros retorcidos completamente inaprovechables.

Permanecieron junto al aparato en medio de un silencio más elocuente que cualquier otra cosa. Todos ellos intentaban calcular las consecuencias de aquel desastre y por encima de sus convicciones científicas, que seguían aspirando a descubrir maravillas en Júpiter, la idea de que jamás podrían comunicar a laTierra el producto de sus esfuerzos les proporcionaba una desagradable sensación de fracaso.

Bolívar, después de percatarse que nadie se atrevía a romper aquel silencio dañino, dijo con una voz en la que intentaba poner un tono de aparente tranquilidad:

—¡Bueno!... Yo creo que no ganamos nada con contemplar estas ruinas. Lo mejor que podemos hacer es aprovechar todo lo que encontremos en el interior...

Viendo que ninguno le contestaba, el geólogo se adelantó y, trepando con una extraordinaria agilidad, desapareció en el interior de la astronave, desde la que tornó a asomarse al cabo de unos cuantos minutos.

.Dejó varios fardos en el suelo, diciendo:

—Hay más cosas todavía. ¿Me dan una mano?

Aquello pareció despertar las mentes de les otros que fueron recogiendo lo que el gigante pelirrojo les fue arrojando. Todos los objetos útiles que halló en el interior del aparato empezaron a amontonarse fuera, hasta formar un conjunto heteróclito de cosas que, en su mayor parte, eran, más que de utilidad, imprescindibles para los expedicionarios.

Depósitos para recargar las armas que llevaban. Cajas con “bio-estimulantes” —alimentos concentrados y de gran poder energético—, un pequeño laboratorio de química que se había salvado por completo. Una pila atómica de pequeño tamaño, pero capaz de proporcionar calor o energía eléctrica durante muchísimo tiempo y otras cosas, cuya utilidad inmediata o remota era indudable.

Todos, a excepción de Owerton, se entregaron casialegremente a

aquella labor de clasificación que les permitía alejar de sus torturadas mentes la idea terrible que llevaba consigo la destrucción de la astronave. Lo más importante para ellos era no pensar en lo futuro, si no limitarse a un presente que estaba lleno de interés por todas partes.

Incluso el marciano, que había comprendido perfectamente la tragedia que acababa de ocurrir, se puso a trabajar, demostrando su fuerza y su maestría. Quizás en su cerebro, como en el de los demás, existía el deseo de olvidar cuanto antes la embarazosa situación en la que se encontraba aquella expedición de la que formaba parte, aunque no fuese por propia voluntad.

Un poco retirado del bullicioso grupo que iba clasificando el material bajado de la astronave, Owerton se estremecía cada vez que pensaba en lo que había visto. Se daba cuenta de la enormidad que había cometido al intentar algo tan imposible y descabellado como una expedición a Júpiter.

¡Qué sorpresa tendrían los astrónomos de la Tierra, si supiesen la "realidad" de aquel planeta!

Sentía ahora un desprecio tremendo hacia los sabios que, basándose en sus observaciones telescópicas, habían llevado su vanidad hasta hacer gratuitas afirmaciones sobre la naturaleza y estado de aquel gigante del espacio.

"Es un planeta completamente muerto", decían.

"La vida es imposible en Júpiter", afirmaban.

"La cantidad de energía solar que recibe es pequeñísima", comentaban.

"Es un mundo helado", aseguraban.

¡Cuántas palabras vanas! Qué estúpido afán decomparar siempre las condiciones físicas de la Tierra,al referirse a los otros mundos.[1]

La clasificación de los objetos recuperados animó sensiblemente a los expedicionarios. Bolívar, después de descender de la astronave y ver lo que se hallabaya ordenado, acercose al jefe.

—Profesor, tenemos muchas cosas útiles y creo que deberíamos

organizar un campamento, momentáneamente, hasta que nos fijemos un plan de acción,

—De acuerdo, señor Dimond. Vamos allá.

Examinaron los alrededores de la astronave, notardando en encontrar una roca enorme que ofrecía, por su parte inferior, una cavidad natural de unaprofundidad de un buen centenar de metros y que constituía un excelente refugio donde podría establecerse, de momento, el campamento.

Owerton lanzó una ojeada a la roca, al tiempo que un nuevo estremecimiento le recorría el cuerpo. Dispuesto a no equivocarse de nuevo, se volvió a Bolívar.

—¿Quiere usted, acompañarme?

—Con mucho gusto, profesor.

—Encienda entonces sus reactores. Antes de establecernos en este lugar, deseo echar una ojeada por su parte superior.

Ascendieron velozmente y recorrieron una gran extensión de terreno, hasta comprobar la naturaleza y forma de la roca bajo la cual iban a cobijarse. Antes de regresar junto a sus compañeros, Owerton hizo una seña a Bolívar, invitándole a posarse sobre la roca.

Extrañado, el geólogo obedeció, esperando a que, una vez que estuvieran solos, el profesor se dignase romper el silencio.

Al fin, así lo hizo.

—Deseo hablar con usted, Dimond. He de confesarle, antes de empezar, que estoy arrepentido y aterrorizado por todo lo que hemos hecho. A pesar de venir excelentemente preparados para esta misión científica, debíamos haber traído más de una astronave, ya que la tragedia de lo que nos acaba de acontecer nos cierra definitivamente el camino de vuelta.

—-Perfectamente de acuerdo, profesor... Pero ¿qué vamos a hacer? La desesperación no conduce a nada y además, por muy optimista que usted me considere, es importantísimo resistir aquí, ya que, si tardamos más del tiempo previsto, es posible que vengan a buscamos

…

A través de la “bio-escafandra” pudo ver perfectamente la triste sonrisa que entreabría los labios de Owerton.

—Su optimismo es una buena cosa, Dimond; perosólo eso. Aún considerando lo que acaba de decirme y que, tal como piensa, viniesen en nuestra busca, ¿cómo nos encontrarían? ¿Se ha dado usted cuenta de la REALIDAD del planeta en el que nos encontramos?

Bolívar miró fijamente al profesor antes de hablar.

—¿Qué quiere usted decir con esa “realidad”?

—De eso precisamente deseaba hablarle, amigo mío. Hasta ahora creo haber sido el único, afortunadamente, que me he dado cuenta de lo que nos acaba de ocurrir con la astronave; el único que conoce, desdichadamente, los PORQUÉS de todo ello…

—Sigo sin entenderle, profesor.

—Lo comprendo, Dimond, lo comprendo. Yo también, cuando lo vi, hube de hacer un esfuerzo para no volverme loco. Porque a pesar de haber imaginado todo lo imaginable respecto a lo que podríamos encontrar aquí, jamás… ¿me entiende usted?… JAMAS hubiera llegado a pensar la VERDAD.

“Así suele ocurrir con harta frecuencia: el hombre forja hipótesis tras hipótesis, dejando su imaginación arrastrarse por la más loca fantasía; por ello, cuando descubre la REALIDAD, la VERDAD, se extraña de no haber pensado antes en ello. Pero es que los humanos parecen sentir la imperiosa necesidad de complicarse inútilmente la vida…

”En seguida me entenderá usted, amigo Dimond. Me entenderá fácilmente cuando le recuerde todo lo que nos han enseñado de Júpiter. Recordará que el primer problema TEÓRICO que se nos puso fue el de la terrible fuerza de atracción de Júpiter. Los charlatanes de la Tierra no cesaban de repetir que la vida seria aquí imposible, porque ninguna criaturahumana podría soportar esta fuerza que aplastaría a cualquier ser vivo… ¿No es así?

Bolívar asintió con la cabeza.

—Ahora bien—prosiguió Owerton—, ¿qué ocurriría si nuestra Tierra, al mismo tiempo que el Universo entero, aumentase o disminuyese un millón de veces su tamaño actual?

—Que no nos daríamos cuenta —repuso el geólogo.

—¡Naturalmente!—exclamó alborozado el otro—. ¡Naturalmente! No nos daríamos cuenta, PORQUE TODO AUMENTARÍA O DISMINUIRÍA a nuestro alrededor, IMPIDIÉNDONOS por completo darnos cuenta, PORQUE SERÍA IMPOSIBLE HACER COMPARACIONES.

”Si nos percatamos de que un niño crece es porque podemos compararlo a la imagen anterior que de él poseíamos. Y, si pensarnos este ejemplo, nadie ignorará que son PRECISAMENTE LOS PADRES LOS QUE NOTAN MENOS EL CRECIMIENTO DE SUS HIJOS, sencillamente porque no pueden comparar los tamaños, al verlos constantemente.

”Así ocurriría, si de golpe todo creciese o disminuyese. Una vez comprendido esto, que es muy importante, podemos ya abordar la REALIDAD de Júpiter. Todo en este planeta es casi idéntico a la Tierra, con la SOLA DIFERENCIA de que Júpiter ES MUCHO MAYOR que nuestro planeta. Sus proporciones nos parecen descomunales, gigantescas, PORQUE NOSOTROS NO HEMOS CRECIDO PROPORCIONALMENTE AL LLEGAR AQUÍ. Ese es el quid de la cuestión...

—¿Quiere usted decir, profesor, que...?

—¡Eso es!—le Interrumpió Owerton—. Para los habitantes de Júpiter, la fuerza de la gravedad y todo lo demás ESTA EN RELACIÓN CON SU TAMAÑO. Júpiter es algo así, para nosotros, como si la Tierra hubiese aumentado de repente un millar de veces...

—Pero..., ¡es horrible!

—Para nosotros, sí, amigo mío. Más que horrible es horripilante, espeluznante y otras cosas más que no podemos adjetivar por falta de palabras adecuadas para ello.

“Por eso, debido a nuestro tamaño, comparado con el de todas las criaturas de Júpiter, es completamente imposible que una improbable expedición de salvamento nos encontrase.

"Imagínese usted unas hormigas que llegasen a la Tierra, con el afán de estudiar dicho planeta. Aun moviéndose rápidamente con propulsores como los nuestros, ¿cuánto espacio podría visitar? Sería cómico imaginarlo... ¿Diez kilómetros cuadrados? ¿Cien?

"Eso es lo que nos ocurre ahora a nosotros. Estamos moviéndonos en un espacio que haría reír si no fuese nuestra situación tan trágica. Por eso precisamente, cuando me di cuenta de lo que era el lugar donde nos posamos con nuestra aeronave, no pude menos de horrorizarme.

"Porque aunque parezca increíble, aquella enorme extensión de materia orgánica, donde aterrizamos, NO ERA MÁS QUE LA CONCHA DE UNA TORTUGA, QUE AL MOVERSE PRODUJO LA CATASTROFE QUE NOSOTROS CONFUNDIMOS CON UN TERREMOTO…

— ¡Es Imposible! —exclamó Bolívar.

—Parece, en efecto, imposible. Pero, desdichadamente, es verdad. Yo vi la cabeza del animal y su cuello desde la altura que conseguí con mis reactores. La tortuga no se dio cuenta de nada y ni le molestó nuestro aterrizaje, ni las perforaciones que hicimos para reconocer el “terreno”. Las mil toneladas de nuestra aeronave no eran, en realidad, para la tortuga más que algunos miligramos...

Fue en aquel momento, cuando la mente de Bolívar amenazaba estallar, incapaz de asimilar todo aquello que acababa de escuchar, cuando los micrófonos de la “bio-escafandra” vibraron intensamente.

“¡Estamos siendo atacados por monstruos horribles! ¡Regresen en seguida!”

Indudablemente aquella voz era la del ingeniero Clifford Sheridan.

* * *

Dahato se había puesto a trabajar con ganas,quizás por la necesidad imperiosa de sus poderosos músculos que no podían mantenerse mucho tiempo en la inactividad.

No significaba aquello que su odio por los habitantes de la Tierra se hubiese amainado. Pero también era posible que el desprecio fuese el sentimiento que expresase mejor su estado de ánimo respecto a aquellas criaturas a las que se había visto obligado a acompañar.

Sentía desprecio porque se percataba, con extraordinaria facilidad, del miedo que experimentaban los expedicionarios, a pesar de sus sonrisas y de lasfrases, muchas de ellas que no entendía completamente, que sonaban constantemente en sus micrófonos.

Teniendo que hablar por radio, todos los presentes estaban obligados a oír lo que cualquiera de ellos decía, ya que la frecuencia modulada para pequeñas distancias era idéntica en todos los aparatos. Por eso precisamente Owerton había aprovechado la distancia para cambiar de frecuencia y poder hablar con el geólogo sin que los demás pudiesen enterarse.

Dahato conocía ya la vos de todos ellos y especialmente la de la joven, que era, sin duda alguna, la que escuchaba con más atención y deleite. Estaba verdaderamente contento de la presencia de una mujer, ya que desde que había sido encerrado en la prisión de New Yard, no había tenido ocasión de ver ni oír a ningún representante del sexo débil.

En realidad, Dahato había mirado siempre con disgusto a las hembras de los terrícolas, encontrándolas, generalmente, extraordinariamente débiles y delgadas, en comparación con las mujeres marcianas que, indudablemente, eran mucho más fuertes y positivamente más atractivas. Dahato, como todos sus congéneres, amaba lo femenino exuberante que producía el planeta y no comprendía, o lo hacía con suma dificultad, la contextura excesivamente débil de las mujeres de los habitantes de la Tierra.

Precisamente, el caso de la hija del profesor Buckmanera upa digna excepción de la regla, cosa que, por otra parte, constituía un verdadero “hándicap” para la muchacha en la sociedad de la Tierra.

Doris era una mujer que parecía haber salido déuno de los cuadros de Rubens. Amplia de formas, a pesar de su juventud, era algo aproximado al ideal nórdico, a aquellas Valquirias cuyas rápidas huidas por los bosques germánicos interpretó tan maravillosamente el gigantesco Wagner.

De todo aquello, nada sabía Dahato más que lo que sus sentidos le

habían proporcionado y su admiración por la joven, que encuadraba mucho más que las que había visto en su vida, con el ideal femenino del Norte, no había hecho más que crecer, al tiempo que iba conociéndola con más detalle, fijándose en sus menores gestos.

Una de las cosas que le maravillaba, sin que él mismo supiese hasta dónde, era el timbre de voz de Doris. La musicalidad con que hablaba hacia desaparecer totalmente las asperezas de una lengua inglesa que los años habían ido haciendo cada vez más gutural. La diferencia que el marciano experimentaba al oír hablar a los hombres, después que lo hiciese la muchacha, era algo tan desagradable que, de haber sabido manejar el mecanismo de les auriculares, hubiera cerrado el receptor para poder guardar el recuerdo vivo de aquella adorable musicalidad.

Habían ya colocado la mayoría de los objetos en el interior de la cueva, formando una barrera con los más pesados para protegerse y dentro del recinto así limitado, crear un ambiente lo más agradable posible donde vivir hasta que el destino dispusiese otra cosa.

Finalmente, cuando hubieron de reunirse todos en el exterior, para acarrear una pieza de la aeronave que habían arrancado y que se disponía a utilizar de forma que sirviese de doble barrera hacia el exteriory que cerrase completamente el recinto que habían organizado, se produjo el inesperado ataque.

Fue Doris la primera en apercibir a los gigantescos enemigos, mucho más grandes que los más colosales elefantes que había visto en su vida y cuyas bocas, repletas de descomunales dientes puntiagudos, hicieron lanzar a la joven un grito de espeluznante horror.

Rápidamente, Clifford, que estaba a su lado, hizo un disparo con su rifle “Ultrasón” que hizo caer a uno de aquellos monstruos que los otros devoraron en un santiamén.

De cuerpo grisáceo y peludo, con sus largas colas y sus patas delanteras más cortas que los cuartos posteriores, ofrecían un aspecto verdaderamente aterrador.

Unos ensordecedores y agudos chillidos brotaban de sus bocas. Movíanse a saltos, corriendo a una velocidad espantosa y no dejando de chillar mientras intentaban acercarse a sus víctimas.

Aprovechando la caída del primer monstruo, los expedicionarios. intentaron replegarse rápidamente al interior de la gruta, pero la

llegada de una docena más, hambrientos y terribles, quizá por el olor de la sangre de la victima, que un grupo de ellos despedazaba aún, viva, obligó a los humanos a hacer frente a aquellos colosos que se les echaban encima.

Mientras Clifford seguía utilizando su rifle de Ultrasonidos, que dejaban atontadas a las fieras, Buckman y Dahato empleaban las “Termax”, una especie de granadas que al explotar generaban un sofocante calor que llegaba a los dos mil grados de temperatura.

Al sentirse quemados tan cruel y terriblemente, los monstruos proferían gritos de agonía, y eran devorados por sus congéneres que se lanzaban implacablemente sobre ellos. Pero aquel destrozo que los humanos estaban haciendo en las filas de los asaltantes no era una mella grave, ya que no dejaban de acudir más y más, como si brotasen misteriosamente de la tierra.

Las nubes de vapor que originaban las explosiones de las granadas “Termax” dificultaban ciertamente la visión y Emil, el padre de Doris, comprendiendo el peligro de permanecer en aquella nebulosidad de donde podía surgir un monstruo en cualquier instante, por el sitio más inesperado y cuando ya fuese demasiado tarde para detenerle, lanzó una llamada por su emisora personal.

—¡Retroceded todos a las gruta! ¡Aprisa!.

Doris, que había empezado a disparar con su pistola “Tetanox”, que lanzaba proyectiles paralizantes del sistema nervioso de sus enemigos, estaba completamente envuelta por la nebulosidad de las “Termax”, cuando oyó la orden que su padre daba con tanta insistencia.

Retrocediendo unos pasos, se dio cuenta de que no sabía ni remotamente hacia dónde dirigirse. La humareda era tan densa que no había manera alguna de orientarse en su interior. Una angustia horrible se apoderó de la joven que, aterrorizada, llamó en seguida en demanda de auxilio.

—¡Ayudadme, estoy perdida!

Nadie le contestó.

Las vibraciones del rifle que manejaba Clifford hacían sumamente difícil el oír cualquier cosa. Losproyectiles ultrasónicos, al explotar, producían serías alteraciones en el aire, haciéndolo casi enteramente

impermeable a las ondas de las emisoras individuales que llevaban los expedicionarios.

Doris se consideró completamente perdida. Con los ojos extraordinariamente abiertos por el terror, intentaba adivinar por qué lado surgiría la bestia que se lanzaría contra ella para devorarla en un instante.

Los chillidos de los monstruos brotaban por todas partes y la joven, girando a su alrededor y sin decidirse por ningún lado, esperaba ya la muerte con una seguridad donde no cabía esperanza alguna.

Fue entonces cuando, sin darse mucha cuenta de lo que ocurría, "sintió" una presencia muy cerca de ella. Sacando fuerzas de flaqueza, levantó la pistola, dispuesta a vender cara su vida.

Pero, antes de que pudiese hacer el menor movimiento…

CAPÍTULO IV

El gigante pelirrojo y Owerton se lanzaron velozmente hacia el lugar donde habían quedado sus compañeros.

Con las armas dispuestas, se preguntaban, mientras cruzaban el espacio impulsados por la fuerza de sus reactores puestos a la máxima potencia, qué podia haberles pasado a los otros. Para Owerton la palabra "monstruos" podía significar cualquier cosa y, por lo tanto, no llegaba ni aproximadamente a imaginarse la clase de criaturas que se hablan lanzado contra los miembros da la expedición.

Por su parte, Bolívar no pensaba más que en Doris. Hacía muchísimo tiempo que estaba profundamente enamorado de la joven y solamente la presencia de su padre, el serio y recto profesor Buckman, había detenido al muchacho en su decidido propósito de pedir la mano de la doctora.

De todas maneras, cuando iniciaron el viaje hacia el lejano Júpiter, pensó que lo mejor sería esperar a que la expedición regresase a la Tierra para hablar de un asunto que durante aquel viaje parecería bastante fuera de lugar.

Ahora, al imaginar solamente el peligro que podía cernerse sobre la muchacha, le hacía encontrar interminable el camino que recorrían a tan gigantesca velocidad…

Llegó a insultar mentalmente al profesor Owerton que le había hecho alejarse tanto de los otros expedicionarios para contarle cosas que debería haber manifestado abiertamente a todos.

Al pensar en todo cuanto había oído, no pudo menos de sentirse extraordinariamente desgraciado, huyendo de las imágenes monstruosas que aparecían en su mente al intentar adivinar la naturaleza de los monstruos que estaban atacando a sus amigos.

—¿A qué distancia estarían aún?

Casi sonrió al pensar en lo relativo que era todo aquello. Quizás, calculada en la escala de lo humano, la distancia que les separaba de los atacados no pasaba del centenar de metros; algo que hubiese él cubierto en pocos segundos. Y, sin embargo..., ¡qué lejos parecía ahora!

Recordó—sin saber exactamente por qué— las ocasiones en que había observado curiosamente el trajinar de las hormigas en la Tierra. Sentado en el suelo, en alguna cálida tarde de estío, había permanecido un largo rato mirando el ir y venir de los pequeños insectos que, en interminables hileras, trabajaban ordenadamente, con una disciplina ejemplar.

Muchas veces, para, estudiar las reacciones de aquéllos animalillos, había colocado algún pequeño obstáculo en el camino habitual de las hormigas, divirtiéndose al observar las tremendas dificultades que procuraba el obstáculo que acababa de colocar.

Las hormigas, debían hallar un nuevo camino para organizar su labor y él había calculado con su reloj el tiempo que tardaban en recorrer el nuevo camino que les había obligado a tomar.

Le parecía ahora que un terrible castigo había caído sobre él y que de la misma manera que había jugado con las hormigas, podía, en aquel mismo momento, aplastarle el pie de cualquier animal que por allí pasase, pues no se percataría de su presencia, que ni siquiera sospecharía jamás.

Pronto llegaron a la entrada de la cueva y, a pesar de que la

humareda proseguía, pudieron distinguir fácilmente a los animales que estaban atacando a sus amigos.

— ¡Pero…, SI SON RATAS! —exclamó Bolívar.

—Sí, amigo mío, son efectivamente ratas. Pero de cerca de diez metros de altura y con una masa equivalente a varias toneladas. Son ratas, pero para nosotros son monstruos que pueden devorarnos de una sola dentellada.

Bolívar no escuchaba ya al otro. Lanzándose en una especie de “picado” sobre lo más denso de los animales, lanzó una granada tras otra, observando con satisfacción que producía una verdadera carnicería entre aquellas “ratas”.

Owerton tampoco perdió el tiempo y, después de bajar mucho más que su compañero, disparaba con su riñe ametrallador “Ultrasón”, haciendo caer a los repugnantes animales en tal cantidad que muchos de ellos no fueron devorados por el resto que, finalmente, se decidió a emprender una vergonzosa huida.

Ni Owerton ni el geólogo se decidieron aún a posarse sobre el suelo, sino que, siguiendo a las monstruosas ratas, no volvieron a la gruta hasta convencerse plenamente de que los animales se alejaban definitivamente de aquellos lugares,

Cuando regresaron a la entrada de la gruta, la nebulosidad producida por las granadas “Termax” había desaparecido por completo y los expedicionarios empezaban a salir con las armas preparadas.

Bolívar y el profesor se dejaron caer junto a ellos.

Emil se precipitó en seguida hacia los recién llegados.

—¿No has visto a mi hija? —inquirió con un tono angustioso en la voz, que demostraba su terror.

Fue Bolívar quien, a su vez, sintiendo que el alma se le partía, cogió por el brazo al sabio, preguntando con ansiedad:

—¿Qué le ha ocurrido a Doris?

El otro no se percató de la extraordinaria familiaridad con que el geólogo acababa de expresarse al hablar de su hija. El dolor le anestesiaba los sentidos por completo.

—Estábamos aquí fuera, combatiendo contra esos monstruos y lanzamos muchas granadas “Termax”. La humareda era muy densa y, por haberse perdido el contacto visual entre nosotros, ordené el regreso a la cueva.

Un sollozo profundo, cortó sus palabras.

—Luego — prosiguió diciendo — seguimos luchando y yo creía que Doris no estaría muy lejos de nosotros. Cuando la nubosidad desapareció, me percaté de que mi hija no se encontraba ya en la cueva ni en sus alrededores…

Inclinó la cabeza sobre el pecho, demostrando su tremendo abatimiento.

En aquel momento, Clifford, que salía velozmente de la cueva, donde indudablemente había estado buscando a Doris, gritó al llegar junto a los otros.

— ¡Dahato ha desaparecido también!

Bolívar se encogió de hombros.

—¿Qué nos importa, después de todo, ese criminal marciano?

Permanecieron en silencio, prefiriendo concentrarse en la búsqueda de soluciones positivas mejor que discutir sobre algo que no les conduciría a sitio alguno.

Bolívar y Clifford recorrieron detalladamente los alrededores, sin lograr descubrir huella alguna de la presencia de Doris. Solamente el pensar que la joven había sido devorada por las gigantescas ratas, hacía estremecer al geólogo.

Entretanto, Owerton y el infeliz padre de la joven sobrevolaban aquellos lugares intentando ver algo que significase que Doris vivía aún. Pero, después de una larga y minuciosa búsqueda, hubieron de volver rápidamente hacia la gruta, ya que estaba oscureciendo a gran velocidad.

Habían llegado a Júpiter hacía seis horas, tres horas después de amanecer y ya la noche se les echaba encima. Pero aquello no podía extrañarles, pues conociendo la formidable velocidad de Júpiter en su movimiento de rotación, no ignoraban que el día en aquel planeta duraba, aproximadamente, nueve horas terrestres.

Una vez en el interior de la gruta, establecieron un turno de vigilancia, comiendo algunos "bio-estimulantes" en silencio, ya que la situación había empeorado horriblemente desde aquella próxima mañana.

Owerton estaba moralmente deshecho. Haciendo recaer la totalidad de la responsabilidad sobre suspropias espaldas, sentía el dolor lacerante de la pérdida de la astronave, de la desaparición de la muchacha y de las calamidades que, sin duda alguna, no dejarían de producirse en los días venideros.

El sueño, después de mucho tiempo de pensar hasta que la cabeza le dolió horriblemente, le encontró sumido en una desesperación sin límites...

* * *

Después de sentir aquélla extraña "presencia" muy cerca de ella, Doris experimentó una sensación paralizante, indudablemente producida por el terror, que le impedía totalmente hacer uso del arma que empuñaba.

La monstruosa cabeza de la gigantesca rata surgió repentinamente de entre la bruma, mientras los dos ojuelos claros, inyectados en sangre, miraban curiosamente a la muchacha.

Ésta, a pesar de la inmovilidad casi absoluta que se había apoderado de su cuerpo, logró retroceder unos pasos, más por un reflejo automático de defensa que por propia voluntad.

Aquello fue, sin duda alguna, lo que excitó al animal, que avanzó decididamente, dispuesto a que su presa no se le escapase.

La llamarada azul del disparo de una pistola paralizante detuvo a la rata que, después de alzarse moviendo espasmódicamente sus pequeñas patas delanteras, se desplomó en medio de un terrible estruendo.

Doris sintió que una mano la atrapaba por el brazo, arrastrándola fuera de aquel lugar, pero nolo bastante rápidamente para que la muchacha no viese otras dos nuevas ratas que se lanzaban ferozmente sobre el cuerpo inmóvil de su compañera empezando a devorar su cuerpo aún completamente vivo.

Cerrando los ojos y sintiendo una náusea de repugnancia, la muchacha se dejó arrastrar por la mano salvadora, cuya presión se hacía cada vez más insistente.

La nubosidad producida por las granadas seguía siendo intensa y la joven no podía conocer la identidad de la persona que la guiaba, bastante rápidamente, por en medio de aquel vapor que desdibujaba por completo los contornos de las cosas, sumiéndolo todo en una niebla gris.

Corrió, guiada siempre por el desconocido, durante un largo rato hasta que al apercibirse de que su compañero había puesto en marcha su reactor individual, le imitó despegando del suelo y alejándose de allí a gran velocidad.

¡Se había salvado!

Aquella era la idea que le producía una intensa felicidad de la que no se podía librar fácilmente. Fue por ese motivo por el que no se preocupó de la identidad de su acompañante hasta bastante más tarde, cuando se hubieron alejado definitivamente del peligro y posado sobre otra de las rocas gigantescas que parecían abundar por allí.

Sólo entonces, después de exhalar un suspiro de satisfacción, volviose hacia su salvador, que también la estaba mirando a ella en aquellos momentos.

—¡Dahato!

Sí, era el marciano cuyos labios entreabría enaquellos instantes, una sonrisa cuya significación resultaba bastante difícil de precisar.

Durante unos minutos, Doris pensó en mil cosas distintas llegando finalmente a la conclusión de que, después de todo, debía agradecer sinceramente a Dahato el haberla salvado y que también era hora de regresar a la gruta, ya que su padre empezaría a estar verdaderamente inquieto.

—Le agradezco lo que ha hecho por mí, Dahato. Pero ahora que ha desaparecido el peligro, creo que lo mejor es volver a la gruta, ¿no le parece? Deben de estar buscándonos ya.

Tardó él bastante tiempo en contestar.

—Dahato no volverá jamás con los hombres de la gruta.

La muchacha se puso en pie, francamente disgustada.

—¡Está bien! ¡Me iré sola!

El marciano tornó a sonreír. Luego, con voz en la que se sentía un tono francamente burlón:

—¡Puedes hacer lo que quieras! Pero te advierto que todo esto está lleno de animales feroces y no llegarás jamás con los tuyos.

Ella se dio cuenta perfectamente de que no sería capaz de volver sola, ya que, además de que desconocía la dirección que debería tomar, la sola idea de viajar sin nadie que la protegiese se le hacía definitivamente intolerable.

Se dejó caer sobre la roca y volvió a sentarse, guardando silencio mientras meditaba profundamente.

Por su parte, Dahato miraba hacia el cielo que empezaba a oscurecer rápidamente.

—Debemos buscar algún sitio para ocultarnos —dijo—. La noche está ya cerca.

Se incorporó ágilmente, ayudando a la muchacha a hacer lo propio. Luego, sin soltarla de la mano, dirigiose hacia el extremo de la roca, donde un terrible y extraño muro, cortado a pico, parecía detener toda posibilidad de marcha. Sin embargo, al acercarse más, descubrieron que aquella pared, que parecía levantarse infinitamente hacia el cielo,

estaba formada de gruesas capas que sobresalían como rugosidades sobre las que fácilmente se podía caminar.

—Subiremos con los reactores —dijo él.

Así lo hicieron, ascendiendo casi verticalmente y sin separarse mucho del misterioso muro. Cuando hubieron llegado a la parte superior, se sorprendieron en la ya indecisa luz del atardecer ante una especie de mundo verde, formado por amplias superficies, algunas de las cuales llegaban a tener cerca de una treintena de metros por su parte más larga.

—¿Qué es esto? —inquirió la muchacha verdaderamente maravillada.

—Es un árbol —repuso Dahato.

—¡No es posible! —exclamó ella.

El marciano sonrió. Luego, sin contestar a la implícita pregunta que contenían las palabras que Doris acababa de pronunciar, la arrastró hada la parte central de aquel mundo verde y se detuvo en el nacimiento de una amplia rama que formaba una plataforma anchísima y un lugar, al mismo tiempo, seguro.

Sólo entonces se decidió a hablar.

—He oído decir, por lo que los tuyos y tú habéishablado, que sois un grupo de sabios terrícolas. Sin embargo, jamás he visto a nadie tan profundamente ignorante. Desde que aterrizamos en Júpiter me di cuenta de que nos hallábamos en un planeta en el que todo, absolutamente todo, era gigantesco…

”Así, mientras dos de los tuyos intentaban perforar el suelo del lugar donde nos posamos, yo había reconocido ya el caparazón de una tortuga gigante, porque sencillamente en Marte, y cuando era niño, subía sobre las tortugas para divertirme. ¡El movimiento era el mismo, en menor grado, claro está!

“También me di cuenta de que aquellas prolongaciones verdes que vimos al aterrizar y que uno de vosotros calificó de tentáculos, no eran más que simples y sencillos tallos de hierba, naturalmente gigantes como todo lo que nos rodeaba. Los animales con los que hemos

luchado esta tarde eran ratas... y este lugar en el que estamos ahora es un árbol... nada más que eso.

Ella le miró, mientras hablaba el marciano, como si acabase de descubrirle en aquellos instantes, ya que desde el principio le había considerado como un ser embrutecido y criminal, un desdichado condenado a muerte que el gobernador de New Yard les había entregado para que les sirviese de cobayo.

—Debes tener razón, Dahato —repuso Doris tuteándolo como se hacía en la lengua marciana.

Y después de un silencio bastante largo, ya en plena oscuridad.

—¿Puedes decirme por qué no regresas con los míos? —inquirió.

—Por dos cosas —repuso el marciano—. Primero, porque no puedo vivir junto a cobardes, y segúndo, porque no deseo que nadie pueda separarme detu lado.

—¿Por qué? —se atrevió ella a preguntar aún.

—Porque te he elegido como mi esposa y los esposos deben vivir alejados del resto del mundo, sobre todo al principio.

La sangre se heló en las venas de Doris.

—Tengo la seguridad, Dahato, de que estás bromeando. Pero si tu locura ha llegado a hacerte olvidar la realidad, te advierto que en cuanto te acerques a mí, te mataré o me mataré yo...

Él tardó en contestar.

—Un marciano no toma nunca una mujer por la fuerza. Tú misma te acercarás a mí, no lo dudes...

—¡Estás loco!... ¿Cómo quieres que me acerque yo a un criminal...?

Un gruñido espantoso hizo vibrar el auricular de la muchacha.

—¡Si vuelves a llamarme criminal, lo seré de verdad, porque te mataré!

Ella se estremeció y luego, en medio del silencio completo que se hizo, se arrebujó como pudo, quedándose profundamente dormida.

Al despertarse tardó algún tiempo en tomar contacto con la realidad, recordando poco a poco los incidentes del día anterior. El sol, débil y lejano, estaba ya bastante alto en el horizonte; sin embargo, la temperatura estaba lejos de ser fría.

Recordando a Dahato, volviose y descubrió al marciano que trabajaba ardientemente sobre un objeto casi tan alto como él. Era una especie de esfera de color verdoso claro y que Dahato estaba cortando en grandes tajadas con un cuchillo magnético de los que iba dotada cada “bio-escafandra”.

Una de las veces, cuando él miró hacia la joven, la vio ya despierta y, abandonando su trabajo, se acercó a la muchacha.

—Si deseas comer algo mejor que esas malditas pastillas, puedes hacerlo.

Pero ella no contestó, pues se acababa de dar cuenta de que Dahato SE HABÍA DESPOJADO COMPLETAMENTE DE LA “BIO-ESCAFANDRA”.

— ¡Pero… ¿qué has hecho, Dahato?… ¿Quieres morir?… ¿No te dascuenta que la atmósfera de este planeta…?

Se detuvo al percatarse de que el marciano no podía oírla de modo alguno, ya que al quitarse la “bio-escafandra” no llevaba aparato receptor de radio.

Le miró con admiración.

Dahato no llevaba más que un pantalón corto y su amplio tórax, dilatado por un profundo movimiento respiratorio, daba una sensación de fortaleza, de vida natural lógicamente envidiable.

El marciano sonreía mostrando una doble hilera de dientes iguales y blancos. Aquella sonrisa era una invitación que ella, a pesar de todo, no pudo desechar. Así, en breves minutos, se despojó a su vez de la molesta y pesada “bio-escafandra”, respirando glotonamente el aire puro y repleto del efluvio de las plantas.

Durante los primeros instantes, esperó un tanto aterrada que la atmósfera de Júpiter, como tantas veces había oído y leído, estuviese llena de metano. Pero, después de unas cuantas inspiraciones profundas. pudo percatarse de que la vida penetraba ensus pulmones acostumbrados al aire “en conserva” que había respirado desde que salió de la astronave.

Dahato la miraba con admiración.

Doris iba vestida muy sencilla y cómodamente. Una falda, que apenas le llegaba a las rodillas, tal era entonces la moda en la Tierra, dejaba ver sus bien formadas piernas, cuya línea realzaban positivamente los tacones, de altura regular, que llevaban sus botas de campaña que le llegaban hasta bajo las rodillas.

Una especie de chaquetilla sin mangas, de una fina piel, completaban su vestido.

—¡Este aire es maravilloso! —exclamó estirándose con fruición.

—Todo en la naturaleza es maravilloso —repuso Dahato que la miraba severamente—Sólo los complicados aparatos que vosotros, los de la Tierra, habéis inventado, son perniciosos y antinaturales.

Y después de una pausa larga:

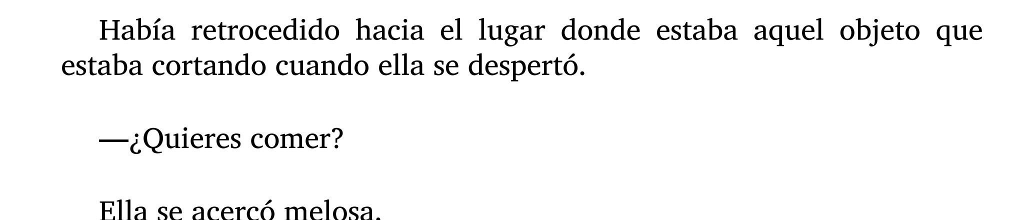
—Me han contado algunos marcianos que fueron a la Tierra en calidad de prisioneros, que vivís dentro de grandes casas donde jamás penetra el aire… ¿es verdad?

Ella asintió con la cabeza antes de contestar ampliamente.

—Es verdad, Dahato. Tenemos en todas nuestras viviendas aire y temperatura condicionada, de forma a evitar las brutales variaciones externas. Y no vayas a creer que el procedimiento es malo.

—¡Bah! Cuando mis compañeros regresaron de vuestro planeta me dijeron que vuestras casas son como tumbas, herméticamente cerradas y que por huir de la Naturaleza sois una raza en regresión…

Además, desde que os conozco os he calificado. Nunca llegaréis a ser fuertes.



Había retrocedido hacia el lugar donde estaba aquel objeto que estaba cortando cuando ella se despertó.

—¿Quieres comer?

Ella se acercó melosa.

—¿Era eso lo que me decías antes?

—Sí.

—Y.,, ¿qué es eso?

—Una manzana gigante, como todo lo que aquí existe. Pero tan sabrosa como las que comemos en Marte, cuyos valles están repletos de frutos excelentes.

Le tendió un trozo descomunal, que ella empezó a mordisquear, encontrándolo verdaderamente delicioso, Se habían sentado bastante juntos y devoraban glotonamente aquel regalo de la pródiga naturaleza jupiteriana.

—Dahato, ¿cuáles son tus proyectos? —inquirió ella sin dejar de comer.

Él acabó sin prisa alguna de masticar el trozo que tenía en la boca. Luego, se limpió con el antebrazo, volvió el rostro hacia la muchacha.

—Quiero volver a Marte contigo, cuando accedas a ser mi esposa.

Doris no pudo evitar una carcajada sonora.

—¿Tú volver a Marte? ¿Es que vas a hacerme creer que serás capaz de fabricar y construir una astronave?

Dahato frunció el entrecejo, mientras sus pupilas brillaban extrañamente.

—No sé aún cómo me las arreglaré. Pero tú mehas preguntado cuáles eran mis proyectos. Y te lo he dicho...

Ella se dio cuenta de que no le agradaba que se rieran de él.

—Perdona, Dahato. Pero tus proyectos me parecen pura fantasía. Es completamente imposible que podamos salir de aquí.

—¿Y por qué no? —preguntó él con una formidable terquedad.

—Nuestra astronave está destrozada y carecemos de medios técnicos para repararla. Se necesitaría un verdadero taller, con todos los adelantos que tenemos en la Tierra, para reparar y poner en marcha nuestra máquina voladora. No sé cómo puedes pensar en eso.

Él guardaba silencio, mirando hacia la lejanía, hacia el horizonte formado por miles de gigantescas hojas verdes que les rodeaban con un espectáculo verdaderamente fantástico.

—Ya veremos —murmuró con un hilo de voz—. Por el momento, y si lo deseas, vamos a bañarnos. He visto abajo, cuando he ido a por este fruto, unas lagunas con un agua clarísima...

Ella palmoteó encantada como un niño al que se le acaba de proponer un nuevo juego.

—¿Y cómo bajaremos?

—Nos pondremos las “bio-escafandras”. No conviene dejarlas muy lejos de nosotros. Luego bajaremos utilizando les reactores. Una vez allá abajo, nos quitaremos estos cachivaches y nos bañaremos tranquilamente.

Momentos más tarde, después de haberse vestido de nuevo, descendieron suavemente sin separarsemucho del tronco del árbol que aparecía ante ellos como un gigantesco y rugoso muro con una longitud de más de cincuenta metros por el lado que ellos bajaban.

Las ramas, que debían evitar cuidadosamente, fueron haciéndose más raras hasta que desaparecieron por completo, dando paso al profundo abismo que se extendía hasta el suelo.

Diez minutos después posaban sus pies en la tierra. Por lado alguno se vela nada que pareciese las charcas que Dahato afirmaba haber visto.

—Me he debido equivocar de lado —dijo el marciano—. Vamos a elevarnos otra vez y contornearemos el tronco.

Así lo hicieron, no tardando en descubrir una serie de raros charcos, de grandes dimensiones y extrañamente escalonados.

Doris, por su parte, intentaba encontrar la imagen que le recordaba aquella curiosa disposición de las charcas. De repente, la luz se hizo en su cerebro, sobre todo cuando pudo distinguir con nitidez la forma de una de ellas.

Un estremecimiento de terror le atravesó el cuerpo.

—¡Fíjate, Dahato! ¡Mira la forma de esas lagunas!

Pero el marciano ya lo había visto y comprendido.

—Sí. Son huellas de pies humanos sobre las que ha llovido después. El agua estará deliciosa.

%Ella se volvió asombrada hacia él.

—¿Y eso es todo lo que encuentras para decirme?

Dahato sonrió ampliamente antes de contestar.

—No, no es eso sólo. Cuando hayamos acabado de bañarnos, seguiremos esas huellas. Ardo en deseos de encontrarme con los habitantes humanos de Júpiter.

Ella volvió a mirar las gigantescas lagunas, donde se veían claramente las huellas de unos pies, cuyos poseedores, calculando superficialmente, debían alcanzar los trescientos metros de altura…

¡SERES HUMANOS TAN ALTOS COMO EL ANTIGUO “EMPIRE STATE”!

Volviose hacia Dahato que, a su vez, la miraba sonriente.

“Debe haberse, vuelto loco”, pensó.

CAPÍTULO V

La depresión habla ganado definitivamente a la mayoría de los

miembros de la expedición que quedaron en la cueva.

Buckman, desde la desaparición de su hija, no era más que un hombre amargado e incapaz de realizar ninguna labor por sencilla que fuese. En cuanto a Bolívar, positivamente afectado también por la ausencia de Doris, aunque siempre dispuesto a todo, había perdido mucho de aquella energía que le caracterizaba, así como la sonrisa que parecía formar parte constante de su personalidad y con la cual parecía solucionarlo todo.

Sin duda alguna, el que seguía impulsado por una ansia de modificar la situación, que para los demás parecía sin salida, era el joven ingeniero que, sin hacer caso de aquel ambiente pesimista que reinaba a su alrededor, estaba intentando modificar la emisora sacada de la astronave y utilizando las cargas nucleares de los depósitos del aparato, que también había conseguido llevar a la cueva, deseaba fabricar una emisora capaz de hacer llegar un mensaje hasta Marte.

Owerton, el jefe de la expedición, le ayudaba, más para olvidar todo lo ocurrido que por esperanza de que Clifford lograse algo positivo. El pesimismo había mordido profundamente en los corazones deaquellos hombres, arrancando hasta el más leve asomo de esperanza.

Todo el afán de las observaciones y tareas científicas que se propusieron al salir de la Tierra, parecían haber desaparecido como por ensalmo y la única idea que dominaba a todos ellos era la de intentar abandonar Júpiter por el medio más rápido y eficaz.

Salían apenas de la cueva, limitándose todos a meditar, excepto el ingeniero y Owerton, que se dedicaban a la labor de la emisora con un entusiasmo a todas luces exagerado y ficticio.

El miedo a los peligros de fuera los tenía estrechamente unidos y cuando salían de la caverna siempre con la esperanza de encontrar alguna huella de Doris, lo hacían por parejas, fuertemente armados y sin atreverse jamás a alejarse excesivamente de su refugio.

Una larga semana, a pesar de lo corto de los días en Júpiter, pasó desde la catastrófica desaparición de la muchacha y el terrible combate con las ratas gigantes. En cuanto a Dahato, lo habían olvidado por completo y nunca se hizo la menor mención, al hablar de la hija de Emil, sobre el marciano.

Al principio de la segunda semana, Clifford y Owerton habían acabado satisfactoriamente sus trabajos y aquello pareció disolver un tanto el pesimismo del grupo, que se dedicó inmediatamente a intentar establecer contacto con la estación de Marte, que no dejarla de comunicar al gobernador la situación de los expedicionarios, siguiéndose, sin duda alguna una ayuda positiva para ellos.

Los cálculos de Clifford respecto a la potencia de la emisora, que se alimentaba con las pilas atómicas sacadas de la sala de turbinas de la astronave, eran completamente exactos. Lo importante era saber si las capas superiores de la atmósfera de Júpiter, principalmente la ionosfera, no poseerían las mismas características que las de la Tierra, haciendo inútiles todos los esfuerzos del joven ingeniero. [2]

Desgraciadamente, pocas horas después hubieron de convencerse que tales eran las condiciones de igualdad entre la ionosfera de Júpiter y la Tierra. Los mensajes de la emisora no saldrían jamás del planeta, que parecía estar decididamente dispuesto a guardar para siempre a los que se habían atrevido a llegar a él.

Iba Clifford a cerrar la emisora, cuando una señal le hizo lanzar un grito de júbilo.

—¡Alguien nos ha oído e intenta comunicarse con nosotros!

Los otros le rodearon con una intensa luz en las pupilas. Durante los minutos que el ingeniero tardó en modular los amplificadores para que se pudiesen percibir claramente los casi inaudibles sonidos que se escuchaban, la emoción de los presentes llegó al límite.

Poco a poco, los sonidos que brotaban de los altavoces fueron tomando un sentido que, desgraciadamente, era completamente ininteligible para los expedicionarios.

De lo que no se podía dudar, en momento alguno,era que SE TRATABA DE VOCES HUMANAS ARTICULADAS. Lo que sencillamente quería decir QUE ALGUIEN ESTABA HABLANDO, SIRVIÉNDOSE DE UN APARATO DE RADIO, ALGUIEN INDUDABLEMENTE CIVILIZADO Y QUE SE ENCONTRABA EN JÚPITER.

Clifford se desgañitaba, emitiendo al mismo tiempo que escuchaba las misteriosas frases.

—¡Somos habitantes de la Tierra... de la TIERRA! Del Tercer Mundo, empezando a contar desde el Sol... Mercurio, Venus, la Tierra... TIERRA...

Era imposible entenderse.

Las frases de los misteriosos comunicantes seguían sonando, al mismo tiempo que las del joven ingeniero, pero ninguno de los dos bandos se entendía en absoluto.

Fue entonces cuando Clifford se volvió a Owerton.

—¡Maneje el radiogoniómetro, profesor! Tenemos que saber la dirección de esa emisora.

Owerton no se hizo repetir la orden.

Poco después, las agujas que marcaban la intensidad de las ondas que se recibían, vibraron con mayor fuerza señalando una dirección que Owerton marcó velozmente en un papel. Minutos más tarde, los misteriosos comunicantes, cansados de aquella inútil charla, detenían definitivamente la emisión.

A pesar de todo, los expedicionarios habían experimentado un cambio radical en su estado de ánimo. La prueba que acababan de recibir de la existencia de seres inteligentes y civilizados en el planeta, que desde el principio les pareció completamente salvaje, les animaba extraordinariamente, yaque aquello abría un mundo entero de posibilidades para el futuro.

—¡Es sencillamente formidable! —exclamó el profesor.

—Con toda seguridad —opinó Buckman— se trata de seres civilizados y sin tendencias agresivas. ¡Ha sido una suerte maravillosa!

Bolívar frunció su entrecejo.

—¡No haga correr demasiado la imaginación, profesor!—dijo a su vez—. De las intenciones de esos misteriosos comunicantes no sabemos nada. Sus palabras nos son completamente desconocidas y bien pudiera ser que hubiesen proferido frases de amenaza, mientras nosotros requeríamos simplemente su ayuda.

“Además, lo que hemos hecho nosotros con el radiogoniómetro, pueden haberlo hecho ellos también, lo que quiere decir que pueden venir a visitarnos, de una manera y con unas intenciones que ignoramos por completo. Será mejor que nos aprestemos a la defensa.

—¡Dejen de pensar en catástrofes! —exclamó de repente—. Es posible que las palabras de Bolívar sean ciertas, pero creo que podremos convencernos de las intenciones de nuestros comunicantes mucho antes de que nos encuentren.

”Es casi completamente indudable de que estén dotados de radiogoniómetros y que intenten buscar a los misteriosos comunicantes cuyas extrañas palabras acaban de oír, cosa que nosotros haríamos de tener medios suficientes para ello.

“Pero, como hemos podido comprobar, si la naturaleza está considerablemente aumentada en susdimensiones en Júpiter, ¿imaginan ustedes el tamaño colosal de nuestros comunicantes?

“Nosotros, al menos, nos imaginamos cómo son. Pero ellos, por el contrario, al intentar buscarnos, lo harán COMO SI SE TRATASE DE SERES DE SU MISMO TAMAÑO… ¿Está claro?

La lógica de Clifford era, sencillamente, aplastante. Pero no era aquello solo lo que bullía en su activo cerebro.

Después de dejar que sus compañeros “digiriesen” convenientemente sus palabras, el joven ingeniero siguió hablando:

—He de decir que lo más importante de mi proyecto, para lo que necesito la colaboración de todos ustedes, es la aplicación de la televisión a esta emisora. ¿Qué les parece?

Bolívar lanzó una aguda mirada al ingeniero, en la que se leía la incredulidad.

—¿Es que piensa usted que “'ellos” hayan descubierto la televisión?

—¿Y por qué no? Si lográsemos instalar rápidamente el aparato que tenemos y que, como todos ustedes, saben, está dotado del impulso “ultra”, no necesitando por ello estaciones intermedias y salvando toda clase de obstáculos materiales sin que las imágenes se deformen, podríamos enviar nuestro aspecto y recibir el de ellos, ya que nuestro

aparato es emisor y receptor al mismo tiempo.

Owerton expresó sinceramente su alegría y, al mismo tiempo, manifestó lo que le molestaba la actitud de Bolívar.

—¡Basta de charlas inútiles, señores! No es momento de dejarse llevar por inconvenientes; bastante pesimismo hemos experimentado hasta ahora. —Y dirigiéndose al ingeniero: —Su idea, amigo Clifford, es sencillamente estupenda y puede contar con nuestro incondicional apoyo para llevarla inmediatamente a la práctica. Usted, Bolivar, puede seguir intentando comunicaciones, mientras nosotros ayudamos al profesor Sheridan.

El gigante pelirrojo se sentó de mala gana ante la emisora, mientras el resto del grupo se dirigía hacia el lugar donde habían ordenado las pantallas y aparatos televisores de la astronave.

Bolívar Dimond estaba enfurecido por la oposición del jefe de la expedición y del resto. Desde hacía mucho tiempo fue siempre el preferido de Owerton, y ahora le dolía, con algo muy sospechosamente semejante a la envidia, que el físico se inclinase, como ante un oráculo, hacia Clifford que, hasta entonces, no había sido considerado más que en un segundo lugar.

Le dolía horriblemente el triunfo del ingeniero y miraba con muy malos ojos la emisora que aquél había construido. Luego, lentamente, su mal humor fue decreciendo, hasta que la idea de Doris le dominó por completo, meditando el deseo de que la muchacha volviese a aparecer. Entonces podría ver con sumo placer la envidia pintada en el rostro de Clifford, ya que no era un misterio para él que el ingeniero estaba desde hacía mucho tiempo profundamente enamorado de la joven.

Empezó a encender la emisora, preparándose para lanzar una nueva emisión hacia, los misteriosos comunicantes...

¡Cuánto hubiese dado por comprender aquelenigmático lenguaje que había oído momentos antes!

Al ser capaz de comprenderlo, volvería a ser el elemento más importante de toda la expedición, hundiendo para siempre a Clifford y todas sus absurdas teorías de hombres gigantes y demás fantasías.

Porque, para él, toda aquella fauna gigantesca que habían visto

hasta entonces no podía ser más que algo semejante a la fauna gigante de los períodos antediluvianos de la Tierra y su presencia en el planeta no podía coincidir, aunque Clifford lo afirmase mil veces consecutivas, con la existencia de hombres mayores a los que existían en el cuaternario terrestre. Si los que habían comunicado por radio estaban maravillosamente civilizados, nada tenía que ver con su tamaño que debía ser muy semejante al de los humanos.

Se sorprendió, nada más encender el aparato de radio, al recibir una señal de comunicación, cuyo significado no podía engañarle. Era la sintonía empleada por los miembros de la expedición y no podía corresponder más que a Doris, ya que el marciano la desconocía por completo.

Su corazón empezó a latir con una intensidad inusitada y fue solamente gracias a un verdadero esfuerzo de voluntad, como consiguió dominar el estado de nerviosismo que se había apoderado de él.

Volviendo rápidamente la cabeza, comprobó que sus compañeros estaban bastante alejados del lugar en el que se encontraba y que, por lo tanto, no corría peligro alguno de que le escuchasen. De todos modos y por prudencia disminuyó el tono del altavoz, hablando en voz baja a su vez,

—¡Escucho! —musitó.

La voz de Doris no tardó en sonar al otro lado del espacio, pero le extrañó muchísimo que la joven se expresase en francés.

—¡Soy yo, Doris! ¿Quién es ahí?

—¡Bolívar, querida! ¿Por qué no hablas en inglés?

—¡Ah, eres tú, Dimond! ¡Cuánto me alegra escuchar tu voz! ¡óyeme con atención! Hablo en francés porque Dahato no conoce más lengua terrestre que el inglés…

—Pero, ¿estás con él?

Bolívar sintió que un extraño calor le quemaba las mejillas.

—Sí, estoy con él. Cuando combatimos contra aquellas horribles

ratas, él me salvó arrastrándome lejos de la cueva después de matar al enemigo que intentaba devorarme…

—¿Dónde estás?

—Eso es lo que intento decirte. Hace ya muchos días que estamos siguiendo las huellas de unos pies gigantescos. Dahato desea entrar en comunicacióncon los hombres de Júpiter.

—¡Ese marciano está loco!

Hubo un corto silencio, antes que la voz de la muchacha tornase a dejarse oír de nuevo.

—No sé si está loco; la única verdad es que es muy valiente.

Bolívar sintió un pinchazo en el corazón.

—¿No te habrás enamorado de él, verdad?

—¡Qué tonto eres! Lo que deseo es volver cuanto antes junto a vosotros. Por eso os he llamado todo este tiempo sin lograr establecer contacto. ¿Cómo ha sido posible ahora?

—Gracias a que hemos hecho una nueva emisora mucho más potente que la de nuestras “bio-escafandras”… ¿Dónde está, ahora el marciano?

—Durmiendo no muy lejos de donde estoy yo. Por eso me he permitido llamaros. Casi siempre me aprovecho de estos momentos en que él duerme o cuando se aleja para buscar comida…

—¿Qué quieres decir? ¿Es que se os han acabado los “bio-estimulantes”?

—No, pero casi nunca los comemos. Preferimos los alimentos naturales de Júpiter. ¡Hay algunos que son verdaderamente deliciosos!

—No te entiendo… ¿Puedes explicarme cómo hacéis para comer con las “bio-escafandras” puestas?

Oyó, antes de la respuesta de Doris, la risa argentina de la muchacha.

—¡Qué tonto eres, Bolívar! ¡Hace ya más de una semana que nos hemos quitado las “bio-escafandras”!

Dimond sintió que había algo en su cuello que le impedía respirar con facilidad. Haciendo un esfuerzo, tragó saliva, mientras intentaba coordinar las ideas caóticas que desfilaban por su mente no podía dar crédito a sus oídos.

—¿Estás loca, Doris? ¿Es que deseas morir?

—Eso es lo que yo creía antes, pero te aseguro que nunca me he sentido mejor,..

Hubo un silencio, durante el cual la joven esperó inútilmente que su comunicante dijese algo; luego, apercibiéndose de la inutilidad de su espera:

—Escucha, Bolívar. Creo que Dahato va a despertarse de un momento a otro. Mantendré, todo el tiempo posible, ¡a sintonía para que podáis encontrarme fácilmente. No creo que me encuentre muy lejos de la cueva.

—-Está bien. Saldré en seguida en tu busca. Mantén la sintonía de orientación todo lo posible. Me llevaré el radiogoniómetro de la emisora, ¡Hasta pronto, amor mío!

—¡Buena suerte, Bolívar! Di a mi padre que no le he olvidado un momento.

La comunicación se cortó definitivamente.

Durante un buen rato, Bolívar permaneció inmóvil, intensamente concentrado en los proyectos que atravesaban por su cabeza, ofreciéndole una amplia gama de diferentes cosas a hacer. Finalmente, escogió lo que le parecía mejor para él, ya que, si lograba volver con Doris a la que sin duda alguna convertiría antes en su esposa, su triunfo sería absoluto.

Sin dejar de mirar hacia sus ocupados compañeros, desatornilló el radiogoniómetro y lo desconectó después del mecanismo de la emisora. Luego, lentamente, salió de la cueva y echó a correr nada más traspuso el umbral.

* * *

—Ya está.

Clifford había logrado lo que se propuso y el televisor, dotado del sistema “ultra” estaba ya preparado para ser conectado a la emisora.

Ayudado por sus compañeros, que se mostraban radiantes de la rápida victoria del ingeniero, cargó con toda aquella serie de aparatos y los llevó con todo cuidado hacia donde se hallaba el aparato de radio.

—¡Bolívar! —exclamó Owerton medio oculto bajo uno de los instrumentos voluminosos que transportaba—. ¿Quiere usted ayudarme, por favor?

Nadie le contestó.

Una vez hubieron puesto los aparatos sobre el suelo y cerca de la emisora, se miraron los unos a los otros con una luz interrogativa en las pupilas.

—¿Dónde se habrá, metido Bolívar?

Owerton y Emil salieron en su busca fuera de la gruta, donde le llamaron a voces, hasta comprender finalmente la inutilidad de sus esfuerzos.

Al volver junto aClifford, se extrañaron de la expresión sombría de su rostro.

—¿Qué ocurre? —inquirió Owerton.

—Se ha llevado el radiogoniómetro. Jamás podremos localizar nada…

CAPÍTULO VI

Doris se encontraba, espiritualmente, en una curiosa situación que no dejaba de inquietarla seriamente.

Por un lado, el natural deseo de volver junto a su padre la impelía constantemente, haciéndola pasar ratos de angustia y de enfado que Dahato no llegaba nunca a comprender muy bien. Por otro lado y de una manera insensible, se sentía poderosamente atraída hacia el marciano que, desde que estaban juntos, hacía lo imposible por satisfacer todos los caprichos de la joven.

El marciano estaba cada ves más intensamente convencido de que no tardarían en hallar a los seres gigantescos que habían dejado las huellas que iban siguiendo desde hacía casi dos semanas. A pesar de que imaginaba la tremenda velocidad con que se movían aquellos descomunales individuos, ellos también se movían rápidamente" gracias a los reactores que se habían adaptado, quitándolos do las "bio- escafandras" que llevaba Dahato a la espalda para facilitar la marcha de Doris.

Desde que se había comunicado con Bolívar, la muchacha no cesaba de hurgar en su aparato de radio, buscando siempre cualquier fútil motivo, de manera a que Dahato no pudiese sospechar la naturaleza real de sus manejos. Así, varias veces aldía, lanzaba al espacio la sintonía convenida entre los miembros de la expedición para guiar al geólogo que, sin duda alguna, iba siguiéndoles los pasos.

Aquella mañana, Dahato parecía tremendamente excitado y no hizo casi caso alguno a la comida que él mismo había preparado, marchando en seguida y volviendo casi cuando había caído la noche.

Como solían hacer cada día, escogieron un lugar seguro para pernoctar, subiendo a uno de los troncos de árbol, lugares que preferían por ser los más seguros. Luego, se tendieron sobre las "bio-escafandras" dispuestos a descansar aquellas breves horas que duraría la noche de Júpiter.

Doris notó que algo preocupaba intensamente al marciano. Comúnmente, Dahato charlaba con abundancia de mil ternas distintos,

demostrando a la joven que no era tan ignorante, ni mucho menos, como ella había imaginado al principio. Bien era verdad que el marciano llegó a la astronave precedido por una fama de criminalidad y que el gobernador de New Yard lo entregó a los expedicionarios como lo hubiese hecho con cualquier conejo de Indias.

Personalmente para la muchacha, el concepto de los miembros de la expedición sobre Dahato había variado mucho. Poco a poco percatoseDoris de que aquel hombre no era el individuo que se le había aparecido al marchar de Marte y que Dahato era una persona mucho más complicada de lo que aparentemente representaba.

Había, no obstante, una serie de primordiales diferencias entre Dahato y cualquier terrícola que ella conociese. Pero aquellas diferencias nacían de su propia ignorancia hacia todo lo que era marciano, ya que aquella fue la primera vez que ella había visitado el Planeta Rojo y conocido a uno de sus habitantes.

Permaneció desvelada, percatándose de que otro tanto le ocurría al marciano, y después de dudarlo mucho atreviose a romper aquel silencio que empezaba a hacérsele verdaderamente intolerable.

—¡Dahato!

—¿Qué quieres?

—¿Por qué no me explicas lo que te ocurre? ¡Estás tan raro hoy!

Hubo de esperar un rato antes de que el marciano contestase.

—No es nada. Estoy preocupado por las huellas que seguimos. Hoy, cuando me adelanté para ver la dirección que seguían, me encontré con una enorme depresión que tuve que observar desde gran altura para comprender lo que significaba...

—Y... ¿de qué se trataba?

Otro silencio que puso la impaciencia curiosa de ella al rojo vivo.

—Te he preguntado algo —dijo la joven con un tono colérico en la voz.

—Perdona. Estaba pensando. Como te decía, vi esa depresión y me

di cuenta, al elevarme, de que se trataba del cuerpo del que seguimos... ¡Se había tumbado!

—¿Y qué tiene eso de raro?... Ya lo hemos visto otras veces, al descubrir los lugares donde se echa a descansar.

—Es que esta vez NO ERA LO MISMO.

Ella se Incorporó a medias en su lecho.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta vez no se había echado para dormir, SINO QUE SE HABÍA CAÍDO...

—¿Cómo lo sabes?

—Encontré, hacia el lado en que su cabeza dejó una huella sobre la tierra, una enorme mancha de sangre coagulada. Indudablemente, "él" se ha herido.

Doris guardó silencio, sintiendo otra vez aquella expresión de terror que le causaba pensar en el monstruo superhumano que iban siguiendo. De nuevo, como solía ocurrirle cada vez que pensaba en ello, se preguntó cuál sería el objetivo que Dahato deseaba obtener con aquella absurda persecución que era, sobre todo, algo terriblemente peligroso; tan peligroso que podía resultarles mortal.

Pero Dahato no le dijo jamás el motivo de todo aquello y ella no se había atrevido a preguntárselo.

A la mañana siguiente, cuando despertó, encontró al marciano acabando de preparar una gran cantidad de comida. Curiosa, se acercó a él.

—¿Es que tenemos invitados? — preguntó.

Él volvió el rostro hacia ella sonriendo gentilmente. Cuando ponía aquella expresión, Doris sentía crecer su amistad, hasta términos muy confusos, hacia él.

—No esperamos invitados — repuso Dahato— Pero, como me voy a ausentar casi todo el día, quiero dejarte comida suficiente y además

voy a llevarme más.

Desayunaron velozmente, al menos el marciano, que preparó después un descomunal paquete de comida,

—¿Es que se te ha aumentado tanto el apetito?

Otra vez Dahatosonrió con agrado, mostrando su regular y blanca dentadura.

—Cuando vuelva ya te lo explicaré.

De repente su ceño se frunció, al tiempo que se acercó a la muchacha y se arrodilló a su lado.

—Escucha, Doris —dijo con una voz que hizo estremecer a la joven —. Si no regreso mañana por la mañana, no tienes más que emplear el aparato de radio. Bolívar no tardará en encontrarte.

—¿Bolívar? —dijo ella con un tono tembloroso en la voz—. No te entiendo, te lo aseguro.

Él volvió a sonreír enigmáticamente.

—No te fíes de Dahato, pequeña. Como buen marciano, oye perfectamente mientras duerme.

Luego, antes de que ella pudiese evitarlo, se inclinó sobre su rostro, poniendo un rápido y dulce beso en los labios de la muchacha. Cuando ésta quiso reaccionar, ya era demasiado tarde.

Dahato, con sus reactores en marcha y terriblemente cargado, había desaparecido entre las gigantescas hojas del árbol donde estaban cobijados.

* * *

Sin dejarse caer sobre el suelo, sino manteniéndose a una altura

prudencial, Dahato aceleró al máximo sus reactores, siguiendo el camino que había recorrido el día anterior.

No se detuve al sobrevolar aquella enorme depresión, en uno de cuyos extremos se podía ver aún la mancha, ya completamente ennegrecida, de la sangre del hombre de Júpiter al que seguía desde hacía cerca de tres semanas.

Descendiendo un poco más, pero evitando las partes altas de unas plantas espinosas que abundaban mucho por allí, siguió su camino sin dejar de mirar las huellas de los pies y las manchas negruzcas quecada vez eran más extensas.

¿Llegaría a tiempo?

Se había dado cuenta desde el principio que, a partir del lugar donde el gigante se había desplomado, las huellas de sus pisadas eran más profundas en la parte anterior del pie, lo que significaba claramente el equilibrio, inestable de su marcha.

Aceleró aún más, movido por un extraño presentimiento. Luego, en su mente, se abrió paso el cúmulo de ideas que se producían invariablemente cuando pensaba en Doris.

Estaba seguro de que había avanzado mucho en el corazón de la joven, que no pensaba indudablemente en él como lo hubo de hacer en un principio. Una sorda rabia le sacudió violentamente al asociar aquellas ideas con la existencia del gobernador de New Yard. Algún día se presentaría la ocasión de ajustar las cuentas a aquel bandido, que confundía, demasiado fácilmente, el ímpetu patriota y el ansia de libertad del pueblo marciano, con una criminalidad “sui generis” que había creado al efecto.

¡EL GIGANTE!

Al verlo, repentinamente, todas sus preocupaciones remotas huyeron de la mente de Dahato y su atención se concentró en aquella enorme masa que yacía en el suelo. Era sumamente difícil hacer cálculos concretos respecto a aquella descomunal criatura y a su tamaño. Sin duda alguna alcanzaba más de cien metros de altura.

Por la posición del cuerpo, debía haber caído de bruces y su respiración, aun notándose débil, hacía subir y bajar , la poderosa espalda de una manera verdaderamente impresionante.

Las viejas leyendas de Marte acudieron a su espíritu, percatándose en seguida de que el éxito o el fracaso de su empresa dependía exclusivamente de lo que habría “de verdad” en todo aquello.

No le asustaba el peligro, aunque un estremecimiento de autodefensa, completamente involuntario, le recorrió la espalda al imaginar el poco trabajo que le costaría a aquel descomunal individuo para reducirlo a una masa informe. La fuerza del “macro-humano” debía ser verdaderamente portentosa y Dahato no pudo evitar otro estremecimiento cuando justamente sobrevolaba una de las horribles manos de aquella criatura.

Las leyendas de Marte...

“En los remotos tiempos del Pasado, cuando la Naturaleza, aún inestable y en camino de formación, se manifestaba brutalmente, haciendo gemir los mundos con las sacudidas espasmódicas de los cambios geológicos; cuando los volcanes estallaban por doquier y violentos terremotos sacudían el suelo marciano que iba tomando su definitiva forma, había otro planeta situado en el espacio que separaba Marte de Júpiter”.

“Aquel planeta, de gran tamaño y casi de proporciones idénticas a las del gigantesco Júpiter, estaba poblado, al igual que éste, por una raza de gigantes, única forma posible de existencia debido a la descomunal fuerza de gravedad de ambos mundos. Todo era gigantesco en ese planeta.

"Aconteció entonces algo que iba a modificar profundamente la composición del Sistema Solar y que estuvo a punto de acabar con el equilibrio general del Sistema, lanzando los planetas y sus satélites hacia el Sol...

”Un enorme cometa, procedente de una lejana galaxia y que, con toda seguridad, había sido despedido de su órbita por alguna tremenda catástrofe cósmica, se precipitó, a una horrible velocidad, en el interior del Sistema Solar.

"Después de pasar rozando a Urano y Neptuno, describió una inesperada curva, pareciendo que su objetivo principal era Júpiter. Pero, en el último instante y debido quizá a las variaciones de trayectoria que le imponía el movimiento de su larguísima estela, de más de cien millones de kilómetros de longitud, le precipitó contra el

planeta que estaba situado entre Marte y Júpiter. [3]

"Todo hubiese desaparecido repentinamente, si años antes un grupo de "macro-humanos" de aquel planeta, no hubiese llegado a Marte, por un lado y a Júpiter por otro, merced a astronaves primitivas, pero que les sirvieron perfectamente.

"El choque fue espantoso y tanto el cometa comoel planeta se deshicieron completamente, reduciéndose, en gran parte, a polvo cósmico...

"Los gigantes que llegaron a Marte vivieron, durante un millar de años, en las altas montañas del Norte. Eran seres inteligentes y pacíficos y pronto anudaron con los marcianos una amistad sincera, ayudándoles positivamente con sus conocimientos técnicos y forzando su evolución de una sorprendente manera.

"Pero, por causas totalmente desconocidas, los "macro-humanos" procedentes del planeta desaparecido, murieron repentinamente. Por su lado, los marcianos prosiguieron su evolución, a su manera, sin olvidar, no obstante, a aquellos amigos a quienes tanto debían.

"Una de las cosas que quedaron fijadas en la mente de los marcianos fue el lenguaje de aquellos "macro-humanos". Naturalmente, que muchas palabras se perdieron para siempre en el olvido, pero otras, en gran cantidad, siguieron formando parte del lenguaje de Marte, siendo principalmente utilizadas cuando se deseaba hablar delante de extranjeros al planeta, cosa que aconteció desde la primera invasión procedente de la Tierra.

"Dahato, por su parte, había hecho suya aquella remota lengua y los hombres que con él luchaban por la independencia de Marte, contra los maquiavélicos designios del gobernador de New Yard, no se expresaban de otra manera."

AHORA, TODO DEPENDÍA ÚNICAMENTE DE AQUELLO.

El marciano se posó muy cerca de la cabeza del "macro-humano". Daba francamente horror el aspectode aquel rostro, cuyos detalles descomunales, vistos de cerca, causaban involuntarios estremecimientos.

Una tremenda herida era visible en el lado derecho de la frente;

una herida que tenía una extensión mayor que la del propio Dahato. Éste, intentando con un esfuerzo sobrehumano dominar su nerviosismo, fue avanzando lentamente hasta el borde del rostro del que pendía una barba espesa y larga.

El “macro-humano” debía estar sin conocimiento y su respiración era pausada y tranquila como si se hallase profundamente dormido. La salida del aire por su boca entreabierta movía, como un pequeño huracán, las altas hierbas que le rodeaban.

Después de permanecer unos segundos contemplando aquello, sin atreverse a hacer el menor movimiento y sin dejar de pensar en lo descabellado de su plan, Dahato se decidió súbitamente y, utilizando las barbas como punto de apoyo, trepó velozmente por ellas, llegando poco después a las proximidades de la herida, que exhalaba un olor nauseabundo.

Entonces, jugándose el todo por el todo, sacó de la pesada carga que llevaba a la espalda, el saco de los medicamentos de urgencia de que iba dotada la “bio-escafandra”, y se puso a trabajar con ardor, olvidado completamente del peligro al que se exponía.

Utilizó un largo cuchillo y hubo de emplear la totalidad del desinfectante que llevaba para limpiar un tanto la herida. Cortó valientemente los coágulos de sangre, cuyo tamaño era tremendo, lanzándolos lejos. Luego, cuando empezó a ver claro enaquella sima, terminó de limpiar la totalidad de su interior y de sus bordes, lanzando sobre ella una cantidad enorme de un antimicrobiano de gran potencia que llevaba consigo.

Descendiendo de la misma forma que había utilizado para subir hasta allí, se retiró un tanto del “macro-humano” y, después de desnudarse totalmente, se bañó en una charca próxima. Tomó luego algunos alimentos, sentado a una docena de metros de la cabeza del gigante y esperó pacientemente los acontecimientos.

El corto día de Júpiter terminó en seguida, pero Dahato no pudo permitirse el lujo de cerrar los ojos durante la noche. No habiendo árbol alguno por los alrededores, estaba en peligro de que el “macro-humano” se levantase y lo aplastase con sus gigantescos pies, sin darse cuenta de ello.

La noche le pareció excesivamente larga al marciano y su cerebro no dejó de forjar más y más hipótesis sobre lo que acontecería cuando

el gigante recobrase el conocimiento.

Varias veces se acercó cautelosamente a la cabeza del otro, al oír uno de aquellos profundos suspiros que parecían espantosos rugidos de cien fieras reunidas. Llevando su atrevimiento hasta tocar la piel del cuello del “macro-humano”, comprobó que estaba ardiendo.

“La infección está haciendo crisis” —pensó con cierta alegría.

Luego volvió al sitio donde tenía las cosas, se sentó y esperó pacientemente la llegada del día.

Cuando la claridad brusca del día de Júpiter, cuyo amanecer duraba unos cortos minutos, iluminótodo con aquella luz pálida, Dahato se incorporó y se acercó al habitante de Júpiter, al que halló mucho mejor, sin fiebre y respirando de una manera completamente normal.

Entonces, cuando recorría los alrededores del rostro, se dio cuenta de algo que le hizo estremecer de horror.

EL “MACRO-HUMANO” HABÍA ABIERTO LOS OJOS...

Fue para Dahato una sensación indescriptible, algo indefinido y tan intenso que lo paralizó por completo. Durante la pasada noche, había previsto aquello y pensado en su propia actitud de mil formas diferentes; pero ahora, cuando aquellos enormes ojos le miraban, el marciano se sentía tan pequeño, tan insignificante, que cualquier cosa a hacer le parecía algo completamente absurdo.

Sin embargo... ¡debía hacer alguna cosa! Algo que pudiese orientar al “macro-humano” y convencerle de que nada malo estaba asociado a la presencia de aquel ser minúsculo que contemplaba con más curiosidad que rabia...

¡Debía hacer algo! Hablar o, mejor dicho, gritar; gritar para que le oyese, antes que se cansase de ver aquel minúsculo ser y lo aplastase, entre dos dedos de su gigantesca mano, como a un insecto cuya visión empieza a ser molesta.

Lo verdaderamente difícil era encontrar fuerzas ante aquella absurda y fantástica situación. Alejar el caos de ideas contradictorias que la presencia del gigante levantaba en su imaginación y obrar

cuerdamente. como si el “macro-humano” fuese algo conocido, “corriente” y, por ende, incapaz de provocar

aquella sensación de absurdo y de imposible que le dominaba.

¿Cómo salieron las palabras de sus labios? ¿Cómo se atrevió a gritar, para que el otro le oyese? ¿Cómo, pudo dominar el terror, la tremenda sensación de que todo aquello no era más que una alucinación, una horrenda e imposible pesadilla?

Dahato no lo supo jamás.

Pero había gritado y seguía haciéndolo, empleando el viejo lenguaje de los gigantes de los que hablaba la leyenda marciana, de aquellos gigantes que habían llegado antes de que el planeta desapareciese para siempre, al chocar con su misterioso enemigo que venía de una lejana galaxia...

—¡SOY TU AMIGO! ¡HE LIMPIADO TU HERIDA Y AHORA YA ESTAS BIEN! ¡SOY TU AMIGO!...

¿Comprendería el “macro-humano” las pobres palabras de Dahato?

Todo dependía de que aquellas palabras llegasen al cerebro del gigante y de que éste las interpretase bien, sin equívocos ni dudas que le hiciesen reaccionar violentamente, temiendo que aquel pequeño ser que le gritaba pudiese causarle algún mal.

Haciendo un poderoso esfuerzo, el “macro-humano” se incorporó hasta quedar sentado sobre la hierba. Afortunadamente para Dahato, los tallos verdes estaban aplastados en el lugar que él ocupaba y podía seguir viendo el rostro del otro sin ninguna dificultad.

Ahora que lo contemplaba algo más lejos, parecía mucho más humano y los detalles que le habían parecido sencillamente monstruosos, al contemplarlo desde cerca, perdían el aspecto desmesurado, haciendo parecer ante el marciano el rostro sencillo de un hombre barbudo, que viese en una gigantesca pantalla cinematográfica.

—¡SOY TU AMIGO! ¡HE CURADO TU HERIDA!

Debía seguir gritando para que el gigante no olvidase su presencia.

¡Habla tanta distancia entre aquellos dos seres!

El "macro-humano", apoyándose en el suelo con las dos manos, acercó su rostro hacia Dahato que, sin saber exactamente por qué, sintió que la sangre se le helaba en las. venas. El mismo pavor le inmovilizó por completo, impidiéndole huir veloz y, por desgracia, inútilmente.

—¡SOY TU AMI...!

Los labios del gigante se habían entreabierto, mostrando una doble hilera de dientes fenomenales.

¿Era aquello una sonrisa? ¿Una expresión de cólera? ¡Cuánto hubiese dado Dahato por saberlo!

Pero casi en seguida, la voz del "macro-humano" tronó, aunque hablaba despacio, en los oídos del marciano.

—¡GRACIAS..., GRACIAS..., AMIGO!

Las lágrimas brotaron súbitamente de los ojos de Dahato...

¡Había vencido!

* * *

A pesar del disgusto que les había proporcionado la misteriosa desaparición de Bolívar Dimond y, sobre todo, de que se hubiese llevado el "radiogoniómetro", los expedicionarios estaban completamente absortos en la contemplación de los últimostoques que Clifford estaba dando a la instalaciónde la televisión.

Cuando el joven ingeniero empezó a transmitir, buscando la frecuencia requerida, y recibió la respuesta de sus misteriosos comunicantes, el gesto, al aplicar la televisión, tuvo algo de verdaderamente emocionante.

Sintiendo acelerar rápidamente los latidos de sus corazones, los tres

hombres miraron, como bajo el efecto de un hipnótico, la pantalla que cruzaban en aquellos instantes una serie de líneas ondulantes que se movían inquietas de un lado para otro.

Lentamente, a medida que Sheridan maniobraba en los mandos del aparato, las líneas se iban haciendo más escasas, sucediéndolas vagas imágenes grises que no expresaban aún nada concreto y que no parecían sino la anticipación fantástica de lo que debía seguir después.

Finalmente, cuando la primera Imagen quedó fija en la pulida superficie de la pantalla y que los hombres pudieron contemplar aquel rostro pálido y alargado, donde dos ojos brillantes parecían ser la única nota viviente, un escalofrío les recorrió las espaldas.

Durante unos cuantos largos minutos se quedaron mirando “aquello”, sin atreverse a hacer observación alguna, limitándose a intentar mentalmente resolver la serie de apasionantes preguntas que aquella aparición planteaba a sus espíritus.

Pero entonces ocurrió lo inesperado.

Los ojos de aquella criatura aumentaron de brillo y de intensidad hasta adquirir una personalidad e importancia que hicieron desaparecer, para lasmiradas de los humanos, todos los demás detalles del rostro. Sólo los ojos veían ahora en la pantalla, al tiempo que sentían una yaga sensación de malestar QUE PENETRABA, AUNQUE ELLOS HACÍAN LO IMPOSIBLE POR DEFENDERSE DE AQUELLA OLEADA DE ANGUSTIA.

Repentinamente, una voz QUE NO LES PERTENECÍA, sonó en el interior de sus espíritus, una voz imperiosa QUE SE LES IMPONÍA COMO ALGO CONTRA LO QUE NO PODÍAN DEFENDERSE DE MODO ALGUNO.

Al mismo tiempo, la tensión desagradable del comienzo iba desapareciendo rápidamente, produciéndose un estado de aparente tranquilidad, como si un algo fatalista y superior a su voluntad se hubiese impuesto en sus cerebros definitivamente, anulando toda resistencia.

“¿QUIENES SOIS?”

La voz sonaba en el interior, una voz extraña, pero que no procedía del aparato de televisión, sino que resonaba en sus propios cerebros,

como si sus personalidades se acabasen de desdoblar y fuesen capaces de poseer dos seres distintos en una sola mente.

Contestaron, SIN HABLAR, de un modo mental a aquella pregunta y otras muchas que la siguieron hasta hacer saber a los poderosos comunicantes la totalidad de los acontecimientos que les habían llevado hasta allí y los que sucedieron después que la astronave se posase en la superficie de Júpiter.

Nada, absolutamente nada, quedó por decir en aquella larguísima “conversación” que sostuvieron, sin poder abandonar la posición en la que la habían comenzado y sin separar un solo instante los ojos de los que seguían brillando en la pantalla.

Después de saciar completamente la curiosidad de aquellas criaturas, la que les “escuchaba” dejó de preguntar, empezando a su vez a informarlos de muchas cosas.

“Estamos atrincherados en un reducto especial en la cúspide de una de las montañas más altas de este planeta. En realidad, no somos de Júpiter, sino que llegamos hace mucho tiempo de un mundo que vosotros no conocéis, situado más allá de vuestro universo.

“Vinimos para realizar unos estudios en este planeta, pero fuimos sorprendidos por sus salvajes y gigantescos habitantes, que nos obligaron a ocultarnos en las montañas, donde hemos permanecido hasta ahora…

“Nuestra astronave está aún en el lugar en el que se posó a nuestra llegada a este mundo que vosotros llamáis Júpiter, pero nos es completamente imposible llegar hasta ella, ya que los “macro-humanos” nos vigilan noche y día.

“Los habitantes de este planeta son feroces, ignorantes, bestiales, inhumanos y no podemos arriesgarnos, pues nos vigilan constantemente. Pero estamos seguros de que desconocen vuestra presencia y podríamos aprovechar esta coyuntura para que os apoderaseis de la astronave que nos pertenece, ya que la vuestra ha sido destrozada, y así huiríamos juntos de este maldito mundo…

“Aunque desconocéis los mecanismos de nuestra astronave, al llegar a ella podéis manejar el aparato de televisión que está situado en la sala demandos y poneros en contacto con nosotros, que os daremos las oportunas instrucciones para hacer funcionar el aparato.

"Una vez en marcha, os dirigiremos hacia la cúpula donde nos encontramos para que podáis recogernos y huiremos de Júpiter hacia vuestro mundo, donde os dejaremos para regresar al nuestro.

”Si lleváis un aparato con vosotros, os guiaremos hacia el lugar donde está situada nuestra astronave, que no está muy lejos del lugar en que os encontráis ahora. Poneros en marcha cuanto antes...

La pantalla se había apagado, pero durante muchos minutos los expedicionarios permanecieron en aquella extraña actitud hasta que lograron desembarazarse de la tensión emocional que los embargaba.

—¡Es verdaderamente formidable! —exclamó Owerton—. Ha sido una verdadera, suerte el entrar en contacto con esas criaturas inteligentes. Sólo así podremos escapar de Júpiter.

—Además —agregó Buckman— al llegar a la Tierra en la astronave de esas misteriosas y poderosas criaturas, conseguiremos el mayor de los triunfos científicos logrados, ya que no solamente podremos hablar de nuestras aventuras en Júpiter, sino que mostraremos criaturas procedentes de otro universo...

—¿De dónde habrán llegado y quiénes serán? —inquirió Clifford.

—¡Quién lo sabe! Pero poco importa. Lo que debemos hacer es ir en busca de esa astronave y salir cuanto antes de este planeta fatídico, que no nos ha causado más que pesares...

Al hablar así, el biólogo no quiso decir más. Elrecuerdo de su hija se hacía cada vez más insoportable y ya que la había perdido para siempre, deseaba abandonar definitivamente aquel planeta, al que nunca debía haber dejado ir a Doris.

Preparáronse velozmente y llevaron solamente consigo lo verdaderamente imprescindible y sin olvidar, naturalmente, montar el aparato de radio, sin los pesados accesorios que de nada les servirían, sobre una especie de macuto que el propio Clifford se encargó de llevar personalmente.

Luego de preparados, lanzaron una última ojeada a todo lo que allí quedaba y salieren definitivamente de la caverna.

CAPÍTULO VII

Doris se comunicó con Bolívar cuando éste se hallaba ya muy cerca de ella. En efecto, una hora más tarde, los dos jóvenes se encontraban y el geólogo pudo permitirse abrazar y besar a la doctora, aprovechándose de las excepcionales circunstancias que se daban.

Sinceramente, la muchacha se alegraba de poder charlar con uno de los suyos, que podía darle noticias frescas de su padre y del resto de la expedición. Después de haber vivido en compañía de Dahato, percatose casi en seguida de la diferencia que constituía la compañía de Bolívar, al que no tardó en encontrar demasiado fatuo y presumido, al compararle con el marciano.

¿Se había enamorado de Dahato?

No se atrevía, en realidad, a confesárselo. Prefería mil veces permanecer como ausente a aquella idea, dejar que germinase a su modo en su espíritu, en vez de afrontarla valientemente frente a frente.

Regresaron con mil precauciones hacia la gruta. Bolívar se complacía constantemente al pensar en la sorpresa que se llevarían los miembros ele la expedición, al verlo regresar con Doris a la que todos creían definitivamente perdida.

Estaba completamente seguro de que Clifford, a pesar de todo lo que había hecho para entrar encomunicación con los misteriosos habitantes, que requerían el empleo de la televisión, no lo habría conseguido. ¿Había logrado Sheridan “verlos”?

Grande fue su decepción al llegar a la caverna y encontrarla completamente deshabitada. Todo su entusiasmo cayó verticalmente y gran parte de su valor se desmoronó brutalmente al percatarse de la delicada situación en que se encontraba.

—¡Son unos canallas!—exclamó con rabia—. Han aprovechado nuestra ausencia para huir, quizá con esos seres con los que logramos comunicarnos, abandonándonos a nuestra suerte.

Recordaba perfectamente la forma anormal en que huyó él mismo, pero no quería pensar en ello, prefiriendo hacer recaer toda la culpa en los expedicionarios.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Doris con mucha más sangre fría que él.

Bolívar se encogió de hombros. Teda su facultad de raciocinio había desaparecido, dejando paso a un pánico que se estaba apoderando totalmente de él. La idea de que debería pasar el resto de su existencia en aquel horrible planeta, alejado de todo lo que amaba tanto, se le hacía sencillamente insoportable.

Además, el interés amoroso que había demostrado a la joven al encontrarla y a todo lo largo del camino de regreso a la cueva, parecía haber desaparecido bruscamente, como algo que realmente no había existido jamás más que como un afán de estúpida conquista.

Pero Doris no estaba dispuesta a perder el tiempo y mientras Bolívar se entregaba a un sueño enel que parecía buscar una huida a su propio terror, que se había posesionado de él de una manera definitiva, la joven, apoderándose del aparato de radio que llevaba Bolívar, intentó localizar la emisora de los expedicionarios.

Tuvo mucho empeño y no menos paciencia hasta que finalmente logró establecer comunicación con Clifford, quien se alegró enormemente de saberla con vida. Después de hablar largamente con su padre, mientras Bolívar continuaba presa de aquel sopor que se había apoderado de él, Owerton se puso al habla con ella.

—¡Doris, no sabe cuánto me alegro de que no le haya ocurrido nada! Todo esto me demuestra que, después de lo ocurrido, hemos tenido mucha suerte. Escúcheme bien ahora... Dígale a Bolívar que se ponga inmediatamente en marcha, con usted, naturalmente, hacia una montaña que tiene dos picos y que es visible desde cualquier lugar elevado de los alrededores de la gruta. Pueden ustedes subirse a un árbol, utilizando los reactores, para orientarse convenientemente.

“Diríjanse, lo antes posible, a la cima de esa montaña. Los reactores pueden acortarles extraordinariamente el camino. Allí se encuentran nuestros amigos. Ya le ha explicado su padre, con bastante detalle, todo lo que a ellos atañe. Son gente civilizada y que desean, como nosotros, alejarse cuanto antes de Júpiter.

”No tengan miedo alguno. Estoy seguro de que les recibirán muy bien y que les cuidarán hasta que nosotros lleguemos con la astronave. Ya estamos muy cerca del lugar donde se encuentra y no tardaremos mucho en poder verles a ustedes personalmente.

”Me alegro infinito de que haya logrado escapar de ese absurdo criminal marciano que realizó con usted un verdadero rapto. ¡Ánimo, pequeña, y hasta pronto!

Unas horas más tarde abandonaban la cueva y, tras orientarse desde la copa de un árbol, poníanse en camino hacia aquella extraña y lejana montaña que tenía una doble cima.

* * *

¡Una semana ya!

Le parecía mentira que el tiempo hubiese transcurrido tan de prisa, desde el momento en que había hallado a Haruk, así se llamaba el “macro-humano” al que había cuidado y del que era ya un amigo entrañable.

Haruk, Lembak, Torok…

Aquellos eran los tres gigantes que quedaban con vida en el extraño y desmesurado Júpiter. Tres seres que habían logrado escapar milagrosamente a la acción destructora más horrible que imaginarse pueda.

Dahato había sido ampliamente informado de todo. Durante las largas jornadas que pasó junto a los tres únicos supervivientes de aquella formidable raza de “macro-humanos”, tuve tiempo de oír la más fantástica historia que hubiese logrado imaginar jamás.

Lo que no pudo lograr, en modo alguno, fue que sus amigos pudiesen explicarle el aspecto de los terribles habitantes de la montaña, que después de llegar a Júpiter habían ido matando a los “macro-humanos” de una manera despiadada.

—Es muy difícil vigilarlos ahora —explicó Haruk—. Somos muy pocos y cada vez que nos alejamos los unos de los otros ocurre algo. Deben dispararnos con una arma potente que nos causa la muerte después de indecibles dolores.

“Antes de que esas malditas criaturas llegasen, éramos más de trescientos y vivíamos en paz en este planeta al que llegamos del otro que desapareció en aquella terrible catástrofe cósmica que destruyó nuestro mundo.

“Ellos, que no son más de diez, quieren escapar en su astronave que no dejamos de vigilar ni un solo instante. Antes estábamos dispuestos a dejarlos ir. Pero cuando acabaron con la última de nuestras hembras, condenándonos a una inevitable desaparición, juramos destrozarlos, a menos que lo hiciesen ellos antes con nosotros.

—¿No habéis intentado nunca atacarlos? —inquirió Dahato.

Torok movió su gigantesca cabeza de un lado a otro.

—Lo hicimos hace mucho tiempo y nos diezmaron dé la forma más horrible... ¡No quiero recordarlo!

Dahato había visitado la astronave, un extraño y poderoso aparato que había resistido la furia de los “macro-humanos”, demostrando que fue construido con un material que, además de ser extraordinariamente pesado —los gigantes no lograron jamás levantarlo a pesar de su tremenda fortaleza—, eraresistente a todos los golpes que rabiosamente le habían propinado, con afán de destruirla.

El marciano explicó a sus nuevos amigos todo lo relativo a la expedición humana, de la que obligatoriamente había formado parte, rogándoles que no hiciesen mal alguno si veían a alguna de las criaturas que habían llegado con él.

Los tres “macro-humanos”, situados siempre en las proximidades de la astronave, seguían esperando pacientemente a que los crueles invasores que habitaban la montaña se decidiesen a salir de, su escondrijo, para destruirlos sin piedad alguna.

Eran, a los ojos del marciano, como grandes niños que habían sido maltratados por seres dotados de una civilización que les había convertido en malhechores, como desgraciadamente ocurre demasiado a menudo.

Dahato sentía una gran pena por aquellos descomunales inocentes que soñaban vencer al final de un combate que estaba aniquilándolos definitivamente. Dotados de armas sencillas y primitivas y confiando únicamente en su fuerza, se enfrentaban con seres cuyos poderes no

podían siquiera llegar a imaginar.

Pero, por encima de todo aquello, el espíritu práctico de Dahato no podía alejarse de la imagen de la maravillosa astronave de los habitantes de la montaña. Allí estaba la única posibilidad de huir de Júpiter y regresar a Marte para volver a luchar, tan bravamente como antes, por la independencia de aquel maravilloso mundo.

Pero además estaba Doris…

El marciano había vuelto al lugar donde habíadejado a la muchacha, sin experimentar gran sorpresa al comprobar que ya no estaba. Fingiéndose dormido, escuchó muchas veces los mensajes dirigidos por la muchacha a los expedicionarios, hasta que logró comunicarse con Bolivar. Doris ignoraba completamente que Dahato había pasado unos meses en la Tierra y que además del inglés conocía otras lenguas, entre las que se encontraba el francés, que la joven utilizó para hablar con el geólogo.

Sí, la única posibilidad estaba en aquella formidable astronave que Dahato contemplaba extasiado muchas veces, con tristeza otras, ya que sin la ayuda de los expedicionarios, sobre todo del ingeniero Sheridan, no podría jamás soñar en poner en marcha y menos dirigir aquel fantástico aparato.

Un plan se iba forjando en la mente de Dahato; un plan tan audaz como honesto, con el que deseaba ganarse definitivamente la amistad y el agradecimiento de los “macro-humanos” y, al mismo tiempo, contar con su ayuda para que dejasen que los expedicionarios se apoderasen de la astronave.

Pero todo aquello tenía un precio; un precio tan alto que podía consistir en la propia vida del marciano, que no por eso dudaba en pagarlo. Si la desgracia le hacía caer, al menos Doris se salvaría y eso le importaba más que nada en el mundo.

Decidido, se dirigió a los gigantes:

—Voy a intentar, utilizando las armas que llevo, destruir a vuestros odiosos enemigos. Esta misma noche uno de vosotros me llevará a las cercanías de la cima de los dos picos y volverá después rápidamente antes de que llegue el día. Yo me arreglaré después para acercarme al refugio de esos malditosy exterminarlos. Solamente deseo que, una vez terminado mi deber, me concedáis un favor.

Torok sonrió mostrando la felicidad que le causaba todo aquello.

—Lo que tú quieras, amigo.

—Deseo volver a mi planeta en compañía de los hombres que me trajeron. Por eso necesito que vosotros no os opongáis a que nos llevemos la astronave, único medio de salir de Júpiter.

—Te ayudaremos en todo lo que desees, amigo —volvió a decir Torok.

—¿Quién va a acompañarme esta noche?

Otra vez Torok repuso, al tiempo que golpeaba su pecho con uno de sus formidables puños:

—Yo.

A partir de aquel momento todos esperaron la llegada de las sombras con verdadera impaciencia. Cuando llegó la noche, con aquel atardecer efímero y rápido, Torok cogió cuidadosamente a Dahato y colocándolo sobre su hombro derecho, dejó que el marciano se sujetase, agarrándose a sus largos cabellos que caían en negra cascada sobre su espalda.

El "macro-humano" se puso a caminar velozmente, pero con cuidado de hacer el menor ruido posible. Conocía el camino maravillosamente y evitaba, en medio de la densa oscuridad que había caído sobre el planeta, los invisibles obstáculos que hubiesen podido impedir aquel frenético ritmo de marcha, o, al menos, dificultar su avance.

Anduvieron así largo tiempo, subiendo por una empinada pendiente, hasta que, súbitamente, Torok se detuvo, inclinándose después hasta arrodillarse sobre el suelo; luego, con las mismas precauciones con que había colocado al marciano en su hombro, dejolo de nuevo en tierra.

No se dijeron nada, por pura precaución, pero Dahato, golpeando amistosamente la mano gigantesca que le llevaba por los aires, despidió al "macro- humano", que, comprendiendo perfectamente la significación de aquel ademán, desapareció tan rápidamente como había llegado.

Una vez solo, el marciano permaneció silenciosamente acurrucado, esperando la llegada del alba para orientarse e iniciar su avance. Se había puesto la “bio-escafandra” y llevaba las armas al alcance de la mano, dispuesto a usarlas en el momento conveniente.

No ignoraba la potencia de las del contrario ni se hacía ilusiones respecto a la dureza que tendría la lucha que estaba dispuesto a desencadenar. Pero lo que más le preocupaba era saber cómo serían aquellos crueles seres que habían diezmado a la pacífica raza de los “macro-humanos”.

Imaginando mil cosas distintas respecto a sus próximos enemigos, llegole el alba y, rapidísimamente, el día. Todo lo que le rodeaba no era más que un tremendo caos de rocas enormes, casi tedas de forma esférica, que demostraban el origen volcánico de aquella montaña, cuyas dos cimas se destacaban siniestramente a menos de cien metros del lugar en el que se hallaba.

Le pareció francamente malo aquel camino directo. y empezó a retroceder, al tiempo que se dirigía más a la derecha, de modo a encontrar la forma de acercarse mejor protegido que desde el lugar en el que se hallaba. Se movía como un felino, silenciosay velozmente, para así permanecer completamente invisible a los que pudiesen observar desde la doble cima.

Después de recorrer un amplio arco de círculo y cuando se disponía ya a avanzar directamente, un rumor de pasos y de voces le hizo detenerse en seco, forzándole a ocultarse rápidamente.

Desde su provisional escondrijo pudo así contemplar un espectáculo que jamás hubiese alcanzado a imaginar.

“¡DORIS Y BOLÍVAR AVANZABAN TRANQUILAMENTE HACIA LA CIMA DE LA MONTAÑA!”

Por muchos esfuerzos mentales que hizo, no llegó a adivinar el motivo de aquella extraña presencia de los dos expedicionarios tan cerca de un peligro que, sin duda alguna, desconocían por completo. Tentado estuvo de llamar la atención del geólogo, pero al ver que éste avanzaba resueltamente, sin hacer caso de los ruegos de la joven, que parecía terriblemente cansada, lo dejó aproximarse a la doble cima mientras disponía sus armas.

Doris se había sentado en el suelo y se quitaba rápidamente la “bio-

escafandra”. cuando hubo terminado, Dahato se dio cuenta de cómo respiraba la muchacha, con qué gozo absorbía el oxigeno puro de las alturas.

Pero todo aquello no duró más que unos instantes. Bolívar se había también desposeído de la “bio-escafandra”, que dejó a su lado, y enarbolando un amplio pañuelo blanco hacía señas a los invisibles pobladores de aquellas cimas.

Impelido por una intuición extraña, el marciano se desvistió rápidamente, ya que deseaba guardar sunatural ligereza para poderse adaptar, lo más rápidamente posible, a los acontecimientos que, sin duda alguna, iban a precipitarse.

En efecto... Doris, gracias a un esfuerzo sobrehumano, pues la fatiga la dominaba por completo, se había incorporado y gritaba a su compañero, instándole a que regresase a su lado.

—-¡Bolívar, ven aquí! ¡No me dejes sola en este horrible lugar!

Ei gigantesco pelirrojo, sin hacer caso alguno de los gritos de la muchacha, proseguía sus manejos, sin dejar de mover el pañuelo para llamar la atención de los “otros”.

— ¡No dejaré nunca que hagas lo que deseas! —tornó a gritar Doris —. ¡Debemos partir todos juntos! ¿Crees que abandonaría a mi padre y a sus amigos para huir contigo?

Aquél debía de ser el canallesco proyecto del geólogo. Dahato, que poseía unas formidables dotes de psicólogo, comprendió desde muy pronto la torcida personalidad de aquel hombre, cuyo aspecto físico le había engañado cuando lo vio por vez primera en la astronave que los llevaba a Júpiter. Ahora conocía su malvado carácter.

—¡Tampoco dejaré a Dahato! —gritó la muchacha—. ¡Has de saber que es a él a quien amo, y que si estuviese por aquí no te portarías tan cobardemente como lo haces!

El marciano sintió que los latidos de su corazón aumentaban peligrosamente de ritmo. Estuvo a punto de salir en busca de Doris, pero una elemental prudencia le obligó a permanecer silencioso en su escondrijo.

De repente, Doris lanzó un verdadero alarido dehorror.

Dahato miró en la dirección que seguía la aterrorizada mirada de la muchacha y, sin poderlo remediar, se estremeció de pies a cabeza.

¡"ELLOS" HABÍAN SALIDO DE SU ESCONDRIJO!

Al primer golpe de vista era casi imposible sacar la más elemental conclusión respecto a aquellas criaturas. Luego, cuanto más se las observaba, más crecía la irremediable sensación de horror, llegando a convertirse en una angustia que paralizaba totalmente la voluntad y hasta llegaba a anular el instinto de conservación.

Bolívar no había lanzado ninguna exclamación, sencillamente, porque parecía haberse quedado petrificado. Con el brazo derecho levantado y completamente inmóvil, mantenía el pañuelo caído, en la posición exacta en que había sido sorprendido por la terrorífica aparición.

Entretanto, Dahato, después de echar una rápida ojeada hacia Doris, que se había desvanecido, volvió los ojos hacia "ellos", que seguían avanzando suavemente hacia el geólogo.

Sus rostros —¿se podia calificar así aquella horrenda faz?— no eran más que unas superficies ovoides, en consonancia con las formas de sus cabezas, donde brillaban dos ojos saltones y negros, como si alguien se hubiese entretenido en pegar dos esferas negras sobre una cereza enorme.

Ni boca, ni narices, ni párpados, ni orejas, ni cabello. "ABSOLUTAMENTE NADA FUERA DE LAS DOS ESFERAS NEGRAS DE LOS OJOS". Una palidez enfermiza dominaba en aquellos horrendos "rostros".

¿Y el cuerpo?

Hubiese sido inútil buscarlo, PUES NO EXISTÍA. Saliendo de lo que hubiera podido denominarse "cuello", cuatro tentáculos de un grosor regular mantenían en una hipotética posición erecta aquellas horripilantes criaturas.

Al moverse los tentáculos, dotados en su extremo de una sucia y enorme ventosa, que hacía las veces de pies y manos, imprimía a la

cabeza un bamboleo desagradable, aumentando la sensación de repugnancia que su solo aspecto producía. Dahato jamás había visto nada parecido.

La inexpresividad contribuía también a aumentar el desasosiego de quien los contemplaba. No había en ellos absolutamente NADA HUMANO y lo que era más extraño aún, TAMPOCO RECORDABA NINGUNA ESPECIE ANIMAL.

Eran mucho más que eso: una visión de pesadilla, una quimera espeluznante que no se adaptaba en forma alguna a nada que se hubiese pensado o imaginado, aún bajo la acción deformante de la fiebre o tras la ingestión del más dañino alcaloide.

Estaban ya muy cerca de Bolívar, pero éste no reaccionaba en manera alguna y permanecía tan inmóvil como si se hubiese convertido súbitamente en una estatua.

Al llegar a su lado, el monstruo que avanzaba en primer lugar se detuvo unos instantes; luego, levantó lentamente los dos tentáculos anteriores y los posó sobre los hombros del humano como si hubiera deseado abrazarle.

Lo que ocurrió seguidamente fue verdaderamente indescriptible.

Antes de que Dahato —único testigo de aquel horror— pudiese reaccionar de algún modo, los dos tentáculos, con movimientos sinuosos, había posado sus ventosas terminales en el rostro de Bolívar…

Fue entonces cuando un alarido infrahumano brotó de la garganta del geólogo. Pero todo aquello no duró más que un segundo. La sangre empezó a brotar a torrentes del rostro del joven y los otros monstruos se lanzaron glotonamente sobre él ASPIRANDO CON SUS VENTOSAS LA SANGRE QUE MANABA POR LAS NUMEROSAS HERIDAS QUE LE HABÍAN HECHO.

¡Ahora lo comprendía todo!

Se aclaraban muchas cosas y lo más importante era que aquellas criaturas horribles hablan matado a los “macro-humanos” sencillamente PARA DEVORARLOS. ¡Qué festines con toneladas de sangre extraída de aquellos cuerpos gigantescos!

Sin embargo, el horror de la escena que se desarrollaba ante los ojos del marciano no le hizo olvidar su deber, sobre todo cuando, visiblemente ahítos, los monstruos se dirigieron hacia el desvanecido cuerpo de Doris.

Dahato lanzó una granada “Termax” hacia la parte posterior del grupo; luego, empuñando el rifle “Ultrason”, empezó a disparar a una velocidad frenética. Los pocos monstruos que quedaron en pie se percataron de que ya era demasiado tarde para evitar la catástrofe que se les echaba encima. Se habían confiado demasiado y al desconocer la presencia del marciano, salieron de su escondrijo después de comprobar, gracias a sus formidables medios ópticos, que los “macro-humanos” seguían lejos.

Tres criaturas horribles intentaron correr hacia su guarida. Pero Dahato tenía una maravillosa puntería y ellos, con su lento y estrambótico caminar, no podían moverse muy rápidamente.

Cuando el último monstruo se derrumbó para siempre, el marciano, fiel a su concepto del deber, corrió velozmente hacia la guarida, dispuesto a terminar con los que allí quedasen. Pero, cuando hubo penetrado en la amplia cueva que servía de cobijo a aquellas diabólicas criaturas, se percató de que allí no quedaba ninguna más.

No obstante, sufrió aún el horror de una última visión, la de los restos de los gigantescos esqueletos de los “macro-humanos” que yacían allí, aunque no llegó jamás a explicarse cómo hablan podido ser llevados hasta lo alto de la montaña, por seres tan físicamente débiles como los monstruos.

La vista de una serie enorme de aparatos extraños hubiese podido explicar muchas cosas si él hubiera podido comprender su significado. Pero era mejor dejar las cosas así, en ese misterio que nadie desea descubrir…

EPILOGO

Mientras la astronave se acercaba velozmente a Marte, conducida por aquel maravilloso ingeniero que era Clifford, Dahato intentaba vanamente olvidar la emocionante despedida de los gigantescos “macro-humanos”, que supieron sonreír, aunque sabían que su

desaparición no tardaría en llegar.

Sentada a su lado, Doris le miraba de reojo, orgullosa y contenta de él y más enamorada que nunca de aquel ser que había sabido ganarse indudablemente su corazón. De todas formas, la profunda arruga que fruncía el entrecejo del marciano, cada vez que lanzaba una mirada por la proa hacia el planeta que iba aumentando constantemente de tamaño, significaba algo que hacia mucho daño a la joven.

Era como una rara intuición de que una barrera impasable se iba a levantar entre ellos. Doris lo presentía, lo adivinaba, deseando ansiosamente que aquel momento no llegase jamás.

Por ello, cuando Dahato apretó sus manos con fuerza, sonriendo tristemente, ella hubiese deseado no escuchar jamás las palabras que, ya antes de brotar de los labios del marciano, se sabia ella de memoria.

—Escucha, querida, No sabes lo duro que es decirte lo que debo, pero no hay más remedio. Tú ya me conoces, sabes quién soy y cuál es mi deber... Puede ser que tú, como los tuyos, no puedas comprender las razones que nos empujan a los marcianos para luchar contra la tiranía que nos habéis impuesto; pero, en realidad, yo me debo a mi pueblo y por él he de luchar sin descanso...

Ella le miró con una intensidad que hacía patente el brillo de sus bellos ojos.

—Te comprendo. Dahato. En la Tierra también hemos luchado por la libertad y estoy segura de que allí se ignoran muchas de las cosas que pasan en Marte. No puedo creer que la táctica seguida por el gobernador de New Yard sea, la que se le ha dictado para tratar con nosotros.

Dahato movió lentamente la cabeza.

—Es igual, Doris. Para nosotros, cualquier presencia extranjera, por suave que fuese, significarla un intolerable insulto.

Owerton, acercándose en aquel instante, cortó la frase del marciano.

—¡Dahato! Hemos recibido un aviso de New Yard... ¡No nos dejan

aterrizar. Debe ponerse usted en comunicación con ellos...

Cuando Dahato regresó estaba simplemente radiante. Sin importarle mucho la presencia de sus compañeros de viaje, se lanzó materialmente sobre Doris, besándola con fervor.

—¿Qué ocurre, amor mío? —inquirió ella cuando logró respirar.

—¡Somos libres! Mi pueblo ha triunfado y expulsado a los terrestres. El gobernador ha recibido su merecido y los gobiernos de la Tierra han firmado un pacto con mi pueblo...

”Yapuedes quedarte conmigo, Doris. Conmigo en un lugar maravilloso y libre. ¿Quieres?

Ella cerró los ojos como si desease gozar más íntimamente de la alegría que la inundaba hasta la plenitud. Luego, entreabriendo los ojos, lanzó una mirada de reproche a su amado:

—¿Se puede saber por qué pregunta el amo de la casa?

FIN

EL ULTIMO ESPECIALISTA

Una "fiction-story”

deLaw Space

NOTA PARA LOS LECTORES. — Ediciones TORAY, S. A., deseosa de proporcionar a los lectores de ESPACIO las últimas presentaciones con las que las más famosas Editoriales extranjeras terminan sus novelas de anticipación, ofrece hoy su primera “fiction-story” con la seguridad de que constituirá un excelente colofón a la novela que acaba usted de leer. La fama de estas cortas narraciones estriba en sus fantásticas características y, sobre todo, en un final sorprendente que

enlaza siempre con el "suspenso" del relato. Hoy, en todas partes, se lee cada vez más este tipo de relato, generalmente espeluznante, sin límites precisos para el autor y que suele estar enmarcado al final de una novela de anticipación. Esperamos que "EL ULTIMO ESPECIALISTA" sea del gusto del que lo leyere, ya que es una muestra clara de ese tipo de relato corto que se ha universalizado con el nombre de "fiction-story" (historia fantástica). Ediciones TORAY, S. A.

Lo peor de todo es que están plenamente convencidos de que voy a morirme. No hay más que ver sus gestos, sus actitudes, su estúpida manera de mirarme, disimuladamente, cuando me oreen dormido, distraído o postrado.

Hasta mi mujer, que conoce mejor que nadie mi vitalidad de siempre, se ha pasado irremediablemente a las filas de todos esos memos que parece que no desean más que ponerse la corbata negra y charlar de ambigüedades en el interior de los coches que irán detrás del mío, cuando me hayan fabricado ese absurdo traje de madera...

¡Banda de imbéciles!

¿Quién va a saber mejor que yo que no voy a morirme?

Me paso el día auto-observándome, siguiendo el curso de mis latidos, analizando cada ruido extraño que se produce en mi cuerpo. Con los ojos de la imaginación, soy capaz de localizar el lento movimiento de mis vísceras y el correr presuroso de la sangre por mis arterias.

¿Los dolores?

Sí, han sido muy fuertes y parecían definitivamente decididos a romper algo en mi interior. Pero la morfina les ha obligado a callarse, amordazándolos y reduciéndolos a vagas sensaciones molestas, a difusos espasmos, a raras opresiones sin localización precisa.

Todo esto me ha ido demostrando que mi vitalidad ha logrado vencer el mal. ¿Qué mal? ¡Vaya usted a saber! Los médicos que me han visitado —y han sido unos cuantos— han hablado de un montón de cosas raras, imprecisas y dudosas, que no me han permitido saber lo que tengo. Aunque, después de todo, ¿qué me importa?

Lo interesante es “sentir” que el mal ha sido vencido, que pronto podré levantarme y estar listo para incorporarme de nuevo a la vida, en contra de todos los pronósticos de esos aguafiestas que no cesan de venir a visitarme y que deben balbucear aElena sus estúpidas frases de consuelo en las que ya se adivina el consabido e hipócrita: “Le acompaño en el sentimiento”.

¡Hasta mi jefe ha venido a verme!

El viejo oso ha salido de su cubil, de su miserable despacho y ha venido a ver cómo se moría el más rebelde de sus empleados.

¡Debe estar contento, el muy Idiota! Desde que le conocí, no ha hecho otra cosa que frenar mis impulsos, domeñar la fiebre que había en mi mente y reducir a la nada mis proyectos con esa manida frase que suelen utilizar los mediocres: “¡Es usted demasiado optimista, señor Keller!”

Así le han ido los negocios.

Pero eso ya no me importa. En cuanto me halle dispuesto a trabajar, voy a montar una Agencia de Publicidad por mi cuenta. Ha sido mi sueño dorado de toda la vida; pero ha sido necesario ponerme enfermo y llegar a estar bastante grave para que me percatase de la estúpida manera con que he malgastado mi juventud, al lado de un inepto de la categoría de mi querido jefe.

Esta mañana ha venido por última vez, pero le he hecho pasar un mal rato al hacerle patente mis proyectos. Estoy seguro de que bajo la melosa forma en que me deseaba hipócritamente muchos éxitos, se ocultaba una envidia irresistible, ya que debe estar seguro de que mi Agencia será muy pronto una de las más importantes de la ciudad.

Se ha ido con la cabeza baja, murmurando no sé qué imprecisas excusas y durante un buen rato me he divertido a su costa. Ya estoy deseando empezar con el negocio y demostrar a esa bola de inmunda grasa cómo se lleva una moderna Agencia de Publicidad.

Lo malo de todo esto es que he debido agitarme mucho y que los dolores, tremendamente intensos, han vuelto. Es difícil explicar lo que me pasa, pero es algo que se parece a la sensación que produciría un hierro candente paseándose por el interior de mi estómago.

—¿Qué demonios será?

He tenido que llamar a Elena, que me ha puesto doble dosis de morfina. Después me ha calmado un tanto, pero sin dejar de sentir que las cosas no iban a mi agrado. Me encuentro, repentinamente, muy débil y, cuando me decido a pensar, la cabeza me da vueltas produciéndome una sensación de desequilibrio verdaderamente insoportable.

—¿Me estaré muriendo?

Repentinamente, ante el horrible peligro, he sentido un escalofrío que me ha hecho temblar largo rato, a pesar del cálido ambiente de mi habitación. Pulsando frenéticamente el timbre, he llamado a Elena, exigiéndole que telefonease inmediatamente al médico, al mejor de la ciudad, para que me viese en seguida.

Mientras llegaba, he vuelto a "examinarme" detalladamente, tan detalladamente que parecía estar haciendo el balance de mi propia vitalidad. Así, he llegado a la espantosa conclusión de que "algo" se está produciendo en mi cuerpo, algo terriblemente espantoso y que ni siquiera me atrevo a nombrar.

El especialista ha llegado, muy amable, me ha observado detenidamente y después de recetarme muchísimas cosas, ha desaparecido con Elena, tardando un buen rato en irse de casa.

¿Qué le habrá dicho a mi mujer?

Preguntarla a ella es completamente inútil, sencillamente perder el tiempo. Pero la vaga sensación que me domina no hace más que aumentar, produciéndome una espeluznante angustia… y un horroroso miedo.

Llamo de nuevo a Elena.

—¡Avisa a otro especialista!

Ella me mira asustada, con esos cercos oscuros que rodean sus bellos ojos, como si se hallase ya ante mi cadáver.

—¡Te he dicho que llames a otro especialista!

—¡Pero, Jacques…!—ha empezado a decir con tono suplicante.

Me he vuelto cara a la pared. ¿Es que quiere que me muera como un perro? O quizá se ha dejado convencer demasiado fácilmente por el especialista. Ese es el principal defecto de Elena: se deja convencer por todo el mundo y confía en todos.

Ya se ha ido a telefonear.

Pero esta vez no me engañarán. Estoy muy débil, pero lograré levantarme para escuchar lo que hablan cuando el médico salga de mi habitación. Me costará mucho trabajo, pero lo lograré. He de enterarme de lo que dice de mi.

El nuevo especialista es mucho más amable que el otro. Elena ha debido decirle algo por teléfono. Me examina, charla conmigo, me asegura que no corro ningún peligro por el momento y que todo lo quesiento no es más que una crisis angustiosa producida por algo que no llego a entender bien.

Se van. Inmediatamente salto de la cama, me echo la bata encima y me arrastro, esa es la palabra, hasta la puerta que Elena ha dejado entreabierta. Apoyándome en el quicio me dejo caer sobre una silla, acercando el rostro a la hendidura por donde me llega la voz del doctor.

"No hay nada que hacer, señora Keller. Es inútil que moleste usted a otros colegas. Un cáncer de ese tipo es de pronóstico fatal. Completamente inoperable; existen además gran cantidad de "metástasis"..., ya comprende usted: pequeñas partículas cancerosas que han escapado del tumor y, a través de la sangre han creado nuevos tumores, Infinidad de pequeños cánceres que están minando el cuerpo de su esposo. No sabe cuánto lo siento, señora Keller,pero no creo que pueda vivir muchas horas..."

¿Para qué escuchar más?

Me arrastré de nuevo hasta el lecho donde me dejé caer sin fuerzas, respirando escandalosamente, ahogándome por momentos...

Entonces... ¿es que todos aquellos idiotas de gestos compungidos tenían razón? ¿Es que me estaba "verdaderamente" muriendo? ¿Es que no lograría jamás crear mi propia Agencia de Publicidad? ¿y demostrar a mi jefe...? ¿Es que habría perdido INÚTILMENTE toda mi juventud, TODA MI VIDA?

¡No!... ¡No!... ¡No!... ¡Mil veces no!

¿Un cáncer?... ¿Metástasis?... ¿Inoperable?

Todo aquello estaba muy bien, pero yo había leído mucho y sabía que existen procedimientos nuevos, sobre todo en la gama de isotopos radioactivos...

¡Claro está! Lo que ocurría es que había llamado a dos especialistas anticuados, dos médicos viejos que no estaban al tanto de los adelantos de la ciencia.

¡Tenía que llamar al mejor, al más caro, al más impuesto de todos!

Le esperé...

No recordaba exactamente cuando se lo ordené a Elena. Estaba tan acostumbrado a su aparición, siempre tan dulce, tan resignada y balbuceando frases de ternura que le salían horriblemente mal...

Le estoy esperando.

Sé que va a llegar de un momento a otro y quepromulgará inmediatamente toda una serie de órdenes, haciendo traer aparatos que no tardarán en destruir el tumor y todas esas endiabladas metástasis que han invadido mi pobre cuerpo.

Por fin ha llegado.

Nada más verle, me ha gustado su aspecto. Ha entrado solo, sin la fastidiosa y lloriqueante compañía de mi esposa. Ni siquiera se ha quitado el sombrero ni los guantes. Así me gusta. Es, indudablemente. un médico de verdad, alguien que tiene prisa por adelantarse en el nudo gordiano del asunto y sólo desea resolver velozmente el problema sin perderse en ceremonias ni ambigüedades.

Se ha sentado junto a mí en una silla y bajado la cabeza. Las anchas alas del sombrero me impiden ver su rostro.

Ha alargado su enguantada mano y tomado mi pulso, demostrando que no es necesario que un médico se quite los guantes para saber cómo se halla el pulso de un enfermo..

¿Qué es ese frío que me sube por las piernas?

Balbuceo.

—Me encuentro peor, doctor.

Él afirma con la cabeza, que mueve repetidas veces de arriba a abajo.

Una indescriptible angustia se apodera de mí. Luego una voz lejana que brota, sin embargo, del especialista llega a mis oídos.

—PRONTO SE ENCONTRARÁ TOTALMENTE BIEN.

¡Lo sabía! ¡Lo había adivinado al llamarle! Todos los proyectos, toda una alegre imagen de lo que será, de hoy en adelante, mi vida me inunda con una felicidad maravillosa.

Pero el frío sigue ascendiendo y ya me llega más arriba del pecho. Verdaderamente, no entiendo lo que me pasa.

—Me siento mucho peor, doctor.

Vuelve a mover la cabeza, ahora mucho más violentamente que antes; tan violentamente que el sombrero se le cae al suelo.

Entonces comprendo todo.

Porque, al desaparecer el sombrero, el rostro del especialista y su cabeza quedan completamente visibles…

Y es el cráneo pelado de una calavera, sus dientes libres de carne y sus cuencas vacías las que aparecen ante mis ojos que ya empiezan a estar vidriosos.

FIN



¡ERAN INVISIBLES Y LA ÚNICAMUESTRA DE SU PRESENCIA ERA AQUEL HORRIBLE FRÍO QUE PARECÍA HELAR LA SANGRE!

☻

¡El relato más alucinante que usted ha leído se lo ofrece H. S. THELS en el próximo número!

[1]En efecto, nada hay más desolador y al mismo tiempo más ilógico e incongruente que las afirmaciones de la Astrofísica moderna. Para los astrónomos, cerrados en una visión tan antropológica como deformante, la Tierra es el único planeta del .Sistema Solar en el que se reúnen las condiciones indispensables para la existencia de la vida. Este defecto de lógica, cuyo origen está en las profundas raíces de nuestro egocentrismo, nos empuja a mirar al Universo como algo tan ilógico como inútil. Y llega hasta tal punto nuestra necedad egoísta que llegamos, indirectamente, al absurdo de creer que toda la grandiosa Creación que nos rodea nos ha sido especial y exclusivamente dedicada. Así es el Hombre. Primero, creyó que la Tierra era el centro absoluto del Universo y que todo giraba a su alrededor. Luego, les descubrimientos astronómicos dieron una lección de humildad al Hombre que, como de costumbre, no aprendió nada de ella. E incapaz de concebir otras formas de vida, incluso semejantes o hasta idénticas a las de la Tierra, toma a ésta por modelo y medida, afirmando que es el único planeta en el que puede existir. Los unos, al estar cerca del sol; íes otros, demasiado lejos, la vida en ellos es imposible.

[2]Las preocupaciones de los expedicionarios a Júpiter se derivan del conocimiento de nuestra ionosfera. En efecto, en plena ionosfera y a unos ciento diez kilómetros de altura se halla la Capa E o de Kenelly-Heaviside, donde se reflejan las ondas largas de la radio, y mucho más arriba, *a* unos doscientos kilómetros de altura, se halla la Zona de Appleton o F, donde chocan las ondas cortas.

[3]A pesar de que, naturalmente, la hipótesis del autor es completamente fantástica, el problema de la existencia de un planeta entre Júpiter y ¡Marte sigue discutiéndose en los medios científicos. Además de la enorme distancia que existe entre los dos planetas citados, un verdadero abismo cósmico, la presencia en ella de millones de asteroi- oes, algunos calificados de pequeños planetas, hace suponer que hubo allí un mundo mayor que se deshizo por causas que no§ son completamente desconocidas. ¿Cómo pudo nuestro Sistema Solar resistir tan tremendo desequilibrio? Esa es otra incógnita, pero son muchos los que piensan que hubo un planeta, cuyos restos forman una pléyade de pequeños mundos entre Marte y Júpiter. (Nota de la Editorial.)